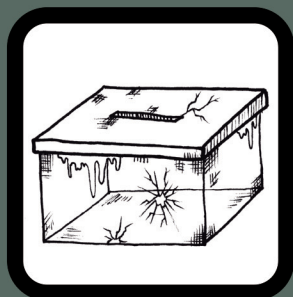


Municipalismo



y asalto
institucional
Una visión descreída

Santi Fernández Patón



traficantes de sueños

**Municipalismo y
asalto institucional**
Una visión descreída

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-SA 3.0)

Usted es libre de:

- * **Compartir** — copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- * **Remezclar** — transformar la obra
- * **Comercial** — hacer un uso comercial de esta obra

Bajo las condiciones siguientes:

- * **Reconocimiento** — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- * **Compartir bajo la misma licencia** — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

Entendiendo que:

- * **Renuncia** — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * **Dominio Público** — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * **Otros derechos** — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor;
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * **Aviso** — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

© 2019, de la ilustración, Elena Morales García.

Primera edición: 500 ejemplares.

Octubre de 2019

Título:

Municipalismo y asalto institucional. Una visión descreída

Autor:

Santi Fernández Patón

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

Edición:

Traficantes de Sueños

C/Duque de Alba, 13

28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-120478-7-5

Depósito legal: M-33209-2019

Municipalismo y asalto institucional

Una visión descreída

Santi Fernández Patón



Índice

Introducción	9
1. Programa, programa, programa	15
2. Algunas cuestiones sobre el método, método, método	29
3. Campaña	43
4. ¿Qué pasó? Cinco hipótesis sobre el final del municipalismo y el cierre del ciclo	75
Epílogo	85

Introducción

¿En qué punto de una campaña electoral llegas a creer que tu relación de pareja corre peligro? O peor aún, ¿en qué punto te convences de que por el momento eso puede esperar? Este no es un ensayo sobre el ciclo político que arrancó en la primavera de 2011 y finalizó de forma abrupta justo ocho años después, ni siquiera pretendo profundizar sobre sus orígenes (el 15M), desarrollo (Podemos, el municipalismo) y hundimiento (el regreso del bipartidismo). Esta es la vivencia personal de alguien que participó en primera línea de todo ello, o ni siquiera: es un intento de respuesta a las múltiples preguntas que me asaltaron durante una campaña electoral, la de Málaga Ahora en las elecciones municipales de mayo de 2019. Ni yo ni muchas de las personas que diseñamos e intervinimos activamente en esa campaña habíamos creído nunca en la vía institucional como arma política, y me temo que ahora menos. Este es el relato de un descreído, de alguien que siempre vio en los parlamentos y plenos un teatro en el que solo triunfaban los mediocres porque, sospechaba, no tenían competencia. Hoy sé, sin género de dudas, que tanto a izquierda y a derecha esa es una verdad casi siempre irrefutable.

La percepción generalizada de los políticos profesionales como gente escasamente dotada no es un mero cliché. Ya lo decía aquella vieja canción que Sabina cantaba con Rosendo: «El más capullo de mi clase (¡qué elemento!) llegó hasta el parlamento. [...] ha engordado desde el día en que un ujier le llamó su señoría». Y es que toda persona lo suficientemente brillante que por algún motivo —a veces incluso legítimo— acaba metida de lleno en el torbellino institucional, antes o después abandona. No tarda en entender que su tiempo y energía no pueden estar al servicio de una profesión —de eso se trata, al fin y al cabo— que consiste, fundamentalmente, en figurar y poco más.

<10>

Sería difícil medir la utilidad verdadera de la jornada de un concejal de la oposición, del sistema al completo de representación municipal, en realidad, y sobre todo de los plenos, esa especie de sublimación del absurdo desde el momento en que la Ley de Grandes Ciudades, como es el caso de Málaga, determina que las mociones aprobadas son poco menos que directrices políticas y que, excepto en contados casos, exime a los gobiernos de su cumplimiento.

Solo eso sería suficiente para entender que la mayor parte del trabajo institucional que se desarrolla desde la oposición en un consistorio no tiene trascendencia en la vida cotidiana de la ciudadanía. Por tanto, el trabajo se centra, en su mayor parte, en sacar el máximo partido al escaparate que durante cuatro años un concejal tiene a su disposición. Esto es, defender esas mociones inútiles —que por norma las redactan los equipos técnicos—, como demostración de que tu partido tiene un modelo de ciudad mejor que el del gobierno, aunque solo sea sobre el papel. En otras palabras, vivir cuatro años en una

campana constante. ¿Quién puede vivir en una perpetua campana electoral? Solo alguien tan pagado de sí mismo como para creer que merece la atención generalizada todos y cada uno de los días de su vida: un mediocre. El reto, así, no es otro que el de escapar a semejante lógica para extraer algo de esos cuatro años que acabe por beneficiar a un amplio sector de la sociedad: un empeño, como constatamos tan dolorosamente, igual de noble que de ingenuo. Esquivar la lógica electoral, la campana interminable, carece de todo sentido en el juego institucional y, lo que es peor, ni siquiera entrando en él tienes posibilidades reales de salir airoso si no engulles una serie de códigos y conductas, como concluiremos más adelante.

<11>

Sí, evidentemente no son pocas las excepciones, a todos se nos vienen a la cabeza ejemplos más que respetables de mujeres y hombres vocacionales, convencidos de que hay otra manera de hacer política. La oleada de nuevos políticos que trajo el 15M, lo que ha venido llamándose de manera un tanto vaga «nueva política», nos puso de golpe, por fin, frente a representantes brillantes. De pronto, en el espectro de la izquierda, parecía que la excepción era la norma: Colau, Iglesias, Errejón, Oltra, incluso Alberto Garzón desde un partido del Régimen del 78, así como otros menos conocidos, relucían tanto o más por el contraste con los viejos políticos.

Más allá de cualquier otro análisis sobre el estilo, la composición de clase, la trayectoria previa o la generación de las caras más visibles de la nueva política, quedémonos con algo así de sencillo: la nueva política supuso sobre todo eso, que de pronto nuestros amigos habían entrado en un terreno vedado, el del debate público, para demostrar en directo y en *prime time* lo que en el fondo todos ya sabíamos, que

tú, que yo, que cualquier hijo de vecino es más listo que, por ejemplo, Rajoy. Eso, que lo sabe cualquiera, nunca se habría probado por la vía de los hechos si la nueva política no hubiera abierto aquel resquicio por el que tantas y tantos entramos en tropel. ¿Os acordáis? Al dejar las plazas nos habían dicho aquello de que, si era cierto que no nos representaban, organizáramos nuestros propios partidos. Estoy seguro de que nunca se han arrepentido lo suficiente. Pero, ¿y nosotros? ¿Nos hemos arrepentido de eso que tan atrevidamente llamamos el asalto institucional?

<12>

Nunca, excepto tres meses de mi adolescencia, he pertenecido a ningún partido. Formo parte de eso que difusamente llaman movimientos sociales, y que en mi caso y el de las compañeras y compañeros más afines solemos nombrar como el área de la autonomía. De 2015 a 2019 trabajé como responsable de prensa y argumentario en una candidatura ciudadana netamente municipalista, Málaga Ahora, que no albergaba partidos en su seno —Izquierda Unida, que en un momento inicial se había sumado a su incipiente versión, Ganemos Málaga, acabó por volver a sus modos tradicionales—. Habíamos obtenido más de un 13 % de votos (30.500) en las elecciones municipales, en buena medida porque Podemos Málaga decidió apoyar públicamente nuestra candidatura después de una consulta a sus inscritos, para la que puso como condición que participaran más de la mitad de ellos, como de hecho ocurrió. En mayo de 2019, cuatro años después, tenía meridianamente claro todo aquello que *grosso modo* acabo de explicar sobre la mediocridad y el teatro intrascendente, hasta el punto de que ya había anunciado mi renuncia para el nuevo mandato. Y, sin embargo, di de mí todo lo que pude y más en esa nueva campaña electoral,

tanto como para haber comenzado este breve libro con esas dos preguntas: ¿En qué punto de una campaña electoral llegas a creer que tu relación de pareja corre peligro? O peor aún, ¿en qué punto te convences de que por el momento eso puede esperar?

Ya saben cómo acaba esta historia: con una debacle electoral que, en nuestro caso, nos redujo a la nada institucional. Esos 30.000 votos se convirtieron en 4.000, donde antes habíamos convencido a un 13 % del electorado ahora apenas superábamos el 1,8 %. De cuatro concejales, o más bien concejalas, a ninguno. De tercera fuerza en el Ayuntamiento a 2.000 votos más que el PACMA. Pero a Izquierda Unida, que en Málaga se había engullido a lo poco que quedaba de Podemos, es decir, su nombre (o su marca), las cosas no le fueron mucho mejor. Por séptima vez consecutiva el PP volvía a ganar las elecciones.

<13>

He dicho que este opúsculo es un intento de respuesta a las preguntas que me asaltaron de manera repetida durante los 15 días que duró la campaña electoral, pero en el fondo ese fue solo el periodo en que cristalizaron de manera más o menos explícita. Simplemente las había acallado durante los años anteriores. Son estas.

1. Programa, programa, programa

La política de la representación ha estado siempre en manos de los mismos clanes, sobre todo si miramos hacia la derecha, que tradicionalmente la ha entendido como la herramienta fundamental para garantizar sus privilegios de clase, como parte, en definitiva, de un dispositivo reticular que se extiende desde zonas residenciales concretas, centros educativos en todas sus etapas, entramados empresariales y comunicativos y, por último, puestos en la administración. Es numerosa la bibliografía al respecto,¹ sobre todo en lo que hace a las grandes ciudades, por lo que no me voy a detener en ello.

En el ámbito municipal y de provincias la variedad es más amplia, pero en resumidas cuentas no deja de ser una cuestión de familias o, mejor dicho, una cuestión familiar. Esto resulta evidente en el caso del Partido Comunista y de sus distintas mutaciones, que en el espectro malagueño ni siquiera ha repetido marca electoral en las últimas tres elecciones municipales: Izquierda Unida en 2011, Málaga para la Gente en 2015 y Adelante Málaga en 2019. Sin embargo, los apellidos de sus caras más conocidas mudan poco, siempre en barajas de listas locales, autonómicas o

¹ Uno de los últimos estudios corresponde al malagueño Andrés Villena, *Las redes de poder en España: élites contra la democracia*, Barcelona, Roca Editorial, 2019.

<16>

generales, cuando no en puestos de las ejecutivas. La causa de esto no es una p rfida maquinación para hacerse con el control del aparato por parte de algunos capitostes —aunque haya mucho de ello—, ni siquiera una gerontocracia consciente de su poder —que también— o el tradicional autoritarismo de los dirigentes comunistas —que por descontado—. Todo ello, más bien, sería la consecuencia de un modo de entender la política que acaba por regurgitar esas fallas, de otro lado casi inherentes a la apuesta electoral. Al fin y al cabo fue precisamente Julio Anguita quien hizo famoso aquello de «Programa, programa, programa», nunca nada parecido a «Método, método, método».

De ese modo, la izquierda —en la que no incluyo al PSOE—, siempre fagocitada por el PCE en sus declinaciones territoriales, ha acabado por constituirse, lo mismo que una secta sin fe o un ejército sin guerra, en un estamento con sus propios linajes, códigos de lealtad, etapas de aprendizaje, jerarquías y escalafones, sistema de méritos, premios y castigos, mecanismos de ascenso en la escala y, por supuesto, con sus reglamentos éticos, morales y conductuales, lo que lleva aparejado sus correspondientes órganos de acusación, defensa, juicio y sentencias de obligado acatamiento: no siempre y no en todos lados, pero sí de forma harto habitual.

El merecido aura de prestigio y honestidad que, con todo, aún impregna al Partido, se debe en buena medida a sus miles de militantes que en situaciones extremas y contra un régimen criminal pagaron con cárcel, hambre, exilio, clandestinidad o muerte su lucha por la democracia. Nunca serán del todo reconocidos. Pero ellos, si alguna vez lo hicieron, no dirigen los designios del Partido, como tampoco sus

votantes. Se ha dicho más de una vez, el Partido no está a la altura ni de su pasado ni de su gente. Eso explica que el votante más joven apenas sea seducido por su llamada y que poco a poco, si nadie lo remedia —e intentos no han faltado—, acabe por fosilizarse como una organización de familias. En el caso malagueño, como luego mencionaremos someramente, resulta así comprensible el creciente desafecto de los votantes o militantes de Podemos más apegados a los presupuestos originales de la nueva política, que no entienden la decisión de su partido de disolverse en Izquierda Unida.

<17>

Se trata de una pauta que se ha repetido sin remisión en todas las elecciones de los últimos años: cada vez que Izquierda Unida y Podemos han ensayado una coalición —o «confluencia», como la han llamado, robando el término a las candidaturas ciudadanas— el fracaso ha sido notable: un millón de votos perdió la suma de ambos en las generales de 2016 (Unidos Podemos), un tercio en las autonómicas andaluzas de 2018 (Adelante Andalucía), otro millón trescientos mil en las generales de 2019 (Unidas Podemos) y en las municipales de Málaga de 2019 ni siquiera alcanzaron los resultados de 2011. De hecho, algo más de 7.000 votos aportó la marca Podemos, que por primera vez concurría a unas locales, a los 17.000 que había obtenido en solitario Izquierda Unida (con el nombre de Málaga para la Gente) en 2015, el mismo año en que con su apoyo Málaga Ahora había obtenido 30.000.

Por alguna razón que uno nunca logra entender del todo, pero no me compete juzgar, los dirigentes de ambos partidos siguen considerando una buena idea esa coalición. Es algo comprensible en el caso de Izquierda Unida, que a fin de cuentas daba

manotazos de ahogado. Pero no en el de Podemos, que había crecido precisamente por su discurso contra la vieja política, y que le tendió la mano. Pero con el agarrón no sacó a flote a Izquierda Unida, sino que cayó con ella. La historia es conocida y, con todo, son datos electorales muchísimo mejores que la insignificancia obtenida por la candidatura municipalista en 2019.

<18> Y es que, a tenor de todo ello, podría parecer que al municipalismo ciudadano, por contra, le tocaban buenos momentos. A muchos, en distintos grados — en mi caso muy bajo, como luego veremos— así nos lo pareció. Esa ingenuidad, falta de olfato político, ese error de interpretación y, sobre todo, esa equivocada lectura de ciclo, costó muy cara. Pero antes del 26 de mayo de 2019 no lo sabíamos. Preparamos una campaña para que Málaga Ahora concurriera en solitario a las municipales. ¿Por qué en solitario? En eso, quizás en eso, es en lo único que acertamos, es en lo único en lo que sigo convencido: el «programa, programa, programa» es papel mojado sin el «método, método, método». Lo aprendí en esos cuatro años, lo vi en esos cuatro años, lo sufrí en esos cuatro años.

La decisión de concurrir a las elecciones municipales se tomó de una manera ejemplar. Hay por ahí artículos en prensa que la relatan como paradigmática de la nueva política y las candidaturas ciudadanas.² Se trató de un proceso abierto y participativo, con múltiples sesiones públicas, que arrancó en la primavera de 2018 y terminó a mediados de

² Véase: «Política y consenso: el ejemplo de Málaga Ahora», en *El Salto*, 26 de noviembre de 2018, disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/municipalismo/politica-y-consenso-el-ejemplo-de-malaga-ahora>.

noviembre con un encuentro que congregó alrededor de un centenar de personas. La idea, a grandes rasgos, no era otra que la de tomar una decisión con respecto al futuro electoral de Málaga Ahora, que en resumen ofrecía tres posibilidades: no concurrir a las próximas elecciones, concurrir en algún tipo de confluencia o incluso coalición o, por último, presentarse en solitario. La que hacía singular ese proceso de toma de decisión es que debía alcanzarse mediante consenso, para lo que hubo que poner en práctica durante todas las sesiones y el encuentro final metodologías que lo garantizaran. No me extendiendo más, el resultado fue promover una candidatura lo más amplia posible para no dividir el voto, y en la que la forma jurídica, coalición o confluencia, no fuera motivo de bloqueo. Por esa razón se convocaba «al resto de fuerzas sociales y políticas de la ciudad a un diálogo generoso, flexible y necesariamente público con toda la ciudadanía».

<19>

Durante ese encuentro final solo tres voces, entre ellas la mía, se posicionaron claramente en contra de concurrir a las elecciones, con un argumento que, a la postre, resultó acertado: ni Izquierda Unida ni el Podemos que boqueaba en Málaga iban jamás a formar parte de una confluencia con Málaga Ahora, de manera que terminaríamos presentándonos en solitario para ser barridos del mapa electoral por la marca conjunta que adoptarían esos partidos (Adelante Málaga, finalmente). La primera parte del razonamiento –que no querrían una confluencia con nosotros– era aceptaba de manera unánime, mientras que la última –que nos barreían– solo la defendimos tres participantes, como he dicho. Ciertamente el optimismo no es una parte significativa de mi naturaleza, pero situado en

una minoría tan abrumadora con respecto al resto de compañeros uno acaba por cuestionarse sus propias convicciones. Las otras dos voces escépticas, una compañera y un compañero, para ser precisos, creíamos, a grandes rasgos y poco más que de manera superficial, que primaría el pragmatismo —eso tan falaz del voto útil— en las próximas elecciones, y que el municipalismo se vería por el electorado como una opción marginal, sin figuras relevantes ni apoyos fuera de la ciudad. Sea como sea, nos sumamos al consenso.

<20>

¿Por qué en Málaga, lo mismo que en la mayor parte del resto de municipios que conformaban la red *Municipalistas.net*³ teníamos claro que ni Podemos ni Izquierda Unida se unirían a una confluencia ciudadana? Lo hemos apuntado más arriba: el método. En el municipalismo ciudadano siempre ha habido una premisa irrenunciable: en política el qué y el cómo tienen la misma importancia, pues de lo contrario te acabas pareciendo demasiado a quienes críticas. Aun así, tanto en Málaga como en el resto de municipios se intentó. El «diálogo generoso, flexible y necesariamente público con toda la ciudadanía» se convocó a finales de 2018. Podemos, cuyo Consejo Ciudadano estaba en esos momentos en descomposición, declinó la invitación. Por su parte, Izquierda Unida acudió. Uno de sus delegados habló para expresar la postura oficial del partido: Izquierda

³ *Municipalistas* (<https://municipalistas.net>) fue una suerte de confederación que nació en el tramo final de la legislatura para agrupar candidaturas municipales de carácter netamente ciudadano y, por consiguiente, atravesadas por los principios de lo que de manera general hemos llamado nueva política. Aspiraba, como se lee en su manifiesto fundacional, al «intercambiando de recursos, experiencias, emociones y soluciones [...] desde la horizontalidad». Surgió como consecuencia de los encuentros MAC, mencionados más adelante (véase nota 7), y llegó a reunir de manera formal a 15 candidaturas de todo el Estado.

Unida aceptaba formar parte de una confluencia ciudadana –«con una coalición instrumental como forma jurídica»–, es decir, sin siglas ni partidos en órganos de decisión. Entendía que era lo que en la actualidad reclamaba la ciudadanía y aceptaba la propuesta de Málaga Ahora, que desde el primer momento, para evitar suspicacias, había anunciado que renunciaba a su nombre y aceptaba cualquier otro que se decidiera para la papeleta.⁴

Era lo mismo que, a grandes trazos, Izquierda Unida había anunciado en 2014 con el fin de integrarse en Ganemos Málaga, que luego abandonó de manera poco honorable, robo de claves de redes sociales incluido. Es decir, nadie se tomó en serio esa declaración por una sencilla cuestión, la misma que impidió la confluencia en tantísimos otros municipios: el método irrenunciable del municipalismo, esto es, reglamento y código ético. Ni siquiera Podemos lo aceptaba, cuánto menos Izquierda Unida: se acabaron los pactos de despacho para repartirse puestos en las listas –de nuevo esa baraja de los mismos apellidos–, las primarias abiertas eran una condición *sine qua non* –aun siendo conscientes de que ninguno de los nuestros las ganaría–, habría limitación de mandatos y sueldos, renuncia a los coches oficiales, las decisiones trascendentales se tomarían por consenso, etc. Con particularidades territoriales, estas eran las características comunes a todas las candidaturas ciudadanas.

¿Cuánto tardaría Izquierda Unida en quitarse la careta? Veinticuatro horas exactas. Al día siguiente, Podemos e Izquierda Unida acordaban unir sus dos

⁴ El encuentro se retransmitió por streaming y puede verse en https://www.youtube.com/watch?v=T_Gy9kG6h7Y (la intervención del representante de IU en el minuto 12).

partidos bajo la forma de una coalición tradicional, del mismo modo que habían hecho en las elecciones andaluzas. Fue en el curso de una reunión en la que Málaga Ahora también participó, una vez que se aceptó la retransmisión por streaming.

<22> Poco tiempo después acordaban, ahora sin streaming, el reparto de puestos en la lista: Izquierda Unida encabezaría la candidatura, con la misma persona que en las elecciones de 2015 y número 2 en las de 2011, mientras que los puestos 2 y 3 los ocuparían miembros de Podemos, según el resultado de unas primarias internas que, ellos sí, habían realizado. Aproximadamente un mes después Málaga Ahora celebró sus propias primarias para configurar su lista. Para entonces, mi pesimismo era mucho menor. De pronto nos veía con posibilidades reales de obtener algún acta y ser, en definitiva, decisivos para el cambio de gobierno en Málaga, desde 1996 en manos del Partido Popular. Creo que merece la pena que explique mi coqueteo con el optimismo.

El aval Podemos, que sin duda nos había aupado en 2015, cotizaba ahora a la baja. Y esto no solo en Málaga, también a nivel estatal. En las esferas más visibles de Podemos, no mencionemos las demás, se sucedían mes tras mes, en horario de máxima audiencia, las desavenencias, disputas internas, dimisiones, peleas públicas y hechos vergonzantes de todo tipo. El último episodio había tenido lugar el mismo día de enero en que el partido celebraba el quinto aniversario de su fundación. Íñigo Errejón escogió esa fecha para anunciar que junto con Manuela Carmena, hasta entonces alcaldesa de la capital, fundaba un nuevo partido con el que concurriría a las elecciones autonómicas de Madrid, previstas para mayo –aún no se habían adelantado

las generales, que se celebrarían en abril-. Era solo un incendio entre los muchos que devastaban el partido. En Málaga la situación era incluso peor.

El secretario general del Consejo Ciudadano ni estaba ni se lo esperaba, más centrado en sus labores como diputado nacional. Entre tanto, dimisiones y abandonos de por medio, el partido había caído en manos de unos cuantos arribistas, entre los que no faltaba un concejal imputado por apropiación indebida, hecho que requiere algunas palabras. El concejal en cuestión había comenzado la legislatura como uno de los cuatro (tres mujeres y él mismo) que obtuvo Málaga Ahora. Poco más de un año después abandonaba Málaga Ahora y pasaba a figurar como concejal no adscrito, si bien Podemos anunció que a efectos prácticos era su concejal en el Ayuntamiento. Su imputación llegó después de que la Fiscalía de Málaga, de oficio, le abriera diligencias por apropiación indebida y el juzgado las admitiera y le imputara, o investigara, según la terminología actual. Era, y sigue siendo mientras escribo estas líneas, una imputación rocambolesca, resultado de una denuncia de su entorno más cercano, según la cual Málaga Ahora tenía falseadas sus cuentas. A raíz de esa delirante denuncia, la Fiscalía investigó nuestra contabilidad para descubrir lo que, por otra parte, ya habíamos anunciado: la salida de ese concejal con dirección a Podemos nos había dejado un descubierto de 4.000 euros retirados por él mismo de la cuenta del grupo municipal.

En esas circunstancias se entiende que el partido en Málaga estuviera en las últimas. En las elecciones andaluzas, celebradas a principios de diciembre de 2018, ni siquiera habían encontrado a alguien en toda la provincia que encabezara

Adelante Andalucía (nombre de la coalición con Izquierda Unida), de manera que la propia líder autonómica, Teresa Rodríguez (gaditana afincada en Sevilla), acabó en lo más alto de la lista por Málaga. En las generales de abril de 2019 fue aún peor: Podemos no tenía a nadie que aportar para los primeros puestos por Málaga en Unidas Podemos, marca de la coalición para esas elecciones. Nuestra ciudad se convirtió así en la única capital de todo el país que no estaba encabezada por la formación morada, ni siquiera en sus dos primeros puestos, ocupados por el secretario general de IU, el malagueño Alberto Garzón, y la diputada nacional Eva García Sempere, a la postre los dos únicos que entraron por Málaga en el Parlamento. La historia se repitió, como ya hemos visto, en las municipales. Adelante Málaga estuvo encabezada por otro candidato de Izquierda Unida, el abogado Eduardo Zorrilla, que encaraba así su tercera legislatura. Para entonces el secretario general de Podemos en Málaga ya había dimitido sin que nadie le relevara.

<24> ¿Adónde iban a ir los miles de descontentos con la deriva de Podemos, me preguntaba junto a otros compañeros? Y entonces el optimismo me acariciaba: a Málaga Ahora, ¿adónde si no? La historia la sabemos: fueron al PSOE. Pero dejemos eso para el final.

A Málaga Ahora, siguiendo lo acordado, le tocaba preparar su candidatura para las elecciones municipales y, como habíamos sospechado, en solitario. No había, sin embargo, nada parecido a un sentimiento de soledad o desamparo: la historia se había repetido con apenas variaciones en casi todos los municipios de cierto tamaño donde en 2015 hubo candidaturas ciudadanas o se acababan de formar para las nuevas elecciones. En cada encuentro de

Municipalistas.net, que agrupaba a más de una quincena de candidaturas como la nuestra del conjunto del país, se constataba lo mismo: no iba a haber confluencias amplias. Podemos, que hasta hacía bien poco era el aliado natural, iba a repetir el pacto de las generales con Izquierda Unida, también en los municipios, por mucho que recuento tras recuento electoral se acelerara el descalabro. Ya no era siquiera una cuestión de desacuerdo con el método, al menos eso barrunté en algún momento, sino que este servía solo como pretexto. Tan solo unos años atrás Podemos habría reivindicado como propios nuestros códigos éticos y reglamentos, al menos en su mayor parte.

<25>

¿De qué se trataba, por tanto, si es que a estas alturas alguien no lo ha adivinado? A mi modo de ver de la vieja hegemonía, ni más ni menos, por decirlo en los mismos términos de siempre, ahora que no hacía falta usar expresiones más amables, como «centralidad del tablero». Y sí, resulta indiscutible que hoy la hegemonía a la izquierda del PSOE es una y solo una, hasta el punto de que el municipalismo se ha convertido en un mero recuerdo en la mayor parte de los ayuntamientos. La paradoja radica en que esa hegemonía se ha conseguido únicamente a costa de devolverle al PSOE casi los mismos votos que años antes le había sustraído Podemos. En otras palabras, a costa de ocupar casi el mismo espacio residual que en los mejores momentos del bipartidismo esquinaba a Izquierda Unida. En Málaga es palmario, ya lo hemos visto: mil votos menos consiguió Adelante Málaga en 2019 que Izquierda Unida en solitario en las municipales de mayo de 2011, en plena oleada 15M.

Los augurios, sin embargo, no parecían del todo malos. Sé que hoy cuesta entender tanta ingenuidad o ceguera, pero tengamos en cuenta que no solo crecía la desafección respecto de la izquierda oficial, sino que ni siquiera se habían convocado todavía las elecciones generales. Se celebrarían finalmente en el mes de abril, poco menos de treinta días antes que las municipales. Arrimar ambas elecciones fue un movimiento estratégico del PSOE que merece ser reconocido. De ese modo pudo aprovechar la marea que en las generales le trajo de vuelta tantos votantes perdidos en los últimos años.

<26>

Nada de eso, sin embargo, había sucedido aún, y cuando convocamos nuestras primarias nos permitimos incluso un gesto de aplomo. Con el ánimo de no desvirtuarlas y de que se ajustaran a la realidad actual, decidimos abrir un censo nuevo. En lugar de los miles de personas que en su día se habían registrado de una u otra manera en nuestros censos virtuales, pero que, en su mayor parte, se habían desinteresado con el tiempo, tenía más sentido aplicar un nuevo termómetro para conocer si aún había una masa suficiente de personas que, con algo más de compromiso, aún sostenía Málaga Ahora. La decisión fue, en consecuencia, que cualquiera que quisiera votar en nuestras primarias, previamente debía registrarse en un nuevo censo, de manera que su nombre aparecería en nuestra web como firmante de un manifiesto. En realidad, apenas 250 palabras que reunían algunos principios muy generales sobre la necesidad de formar parte, como ciudadanos, en la toma de decisiones políticas y poco más. El verdadero valor del censo radicaba en que los firmantes no tenían inconveniente alguno en que su nombre se vinculara a Málaga Ahora. Resultaron

más de 600, una cifra nada despreciable para un experimento de esas condiciones, tras cuatro años en la institución y una ciudad de nuestro tamaño. Era, de hecho, una cifra similar a la de participantes en las primarias de Podemos, si bien finalmente de esos 600 firmantes votaron menos de 500.

La lista que salió de esas primarias volvió a singularizarnos: de nuevo estaba encabezada por dos mujeres, igual que en 2015. Málaga Ahora solo aplicaba la cremallera para corregir la desigualdad con los géneros no hegemónicos, que a fin de cuentas es la intención de ese método, y no la paridad estricta. En pleno ciclón feminista, con el último 8M aún reciente, Málaga Ahora sería el único partido con representación en el Ayuntamiento que llevaría como candidata a una mujer, y desde luego el único en todo el espectro político con el segundo puesto también ocupado por otra —y el cuarto, y también hubiera sido el quinto si la ley electoral no nos hubiera obligado a corregir los resultados de nuestras primarias para respetar la proporción obligatoria de 60 % y 40 % a repartir entre hombres y mujeres por cada cinco puestos—. ¿Qué podía salir mal?

2. Algunas cuestiones sobre el método, método, método

Hemos mencionado de pasada algunos de los pilares, en principio irrenunciables, de las candidaturas ciudadanas: limitación de sueldos y mandatos, horizontalidad, transparencia, estrictos códigos éticos, representación distribuida, autonomía financiera, independencia respecto de los partidos y primarias abiertas como modo de configuración de las listas electorales, entre otros. Muchos de estos ejes se han repetido como un mantra sin que, en el fondo, se haya dado un debate profundo sobre su pertinencia. Es cierto que en el momento en que surgen las primeras candidaturas —evidentemente me refiero a la ola que abrió Guanyem Barcelona, pues iniciativas similares se vienen dando desde el inicio de la democracia en multitud de pequeños municipios— parecían características tan diferenciadoras como necesarias. Recordemos que veníamos del «No nos representan». No obstante, una vez que todo ello se tradujo en experiencias concretas debería habernos hecho matizar algunos de esos principios.

Primarias abiertas

En primer lugar, si bien la configuración de listas mediante elecciones primarias nunca debería ser objeto de cuestionamiento, a mi juicio no ocurre lo

<30>

mismo con el apellido de esas primarias: abiertas. Esto es, cualquiera puede presentarse simplemente rubricando una serie de principios generales sobre ética, cargos a disposición de la candidatura, publicación de bienes y —esta es quizás la única garantía verdadera— una serie de personas avalistas. Se trata de un mecanismo tan laxo de acceso que, sin lugar a dudas, abre la puerta a advenedizos y arribistas de todo pelaje. Ocurrió en varias candidaturas amigas. Nosotros, en cierto modo, habíamos diseñado una vacuna, como era la creación de ese nuevo censo público. Cualquiera que se presentara no solo debía, lógicamente, formar parte de él y haber firmado el manifiesto, sino que lo mismo ocurría con los 20 avalistas que exigíamos. Aun así, establecimos otros mecanismos garantistas, entre ellos llamadas telefónicas para comprobar que los censados se habían registrado por sí mismos a través de nuestra plataforma virtual o que habían firmado de su propia mano el aval que en su nombre presentaba algún candidato. La vacuna funcionó y en nuestro caso detectamos algunos precandidatos fraudulentos; a mí modo de ver, sin embargo, sigue resultando insuficiente.

Las primarias abiertas corren el riesgo de convertirse en una mera formalidad que, en aras de un igualitarismo a veces ingenuo, puede promover precisamente lo contrario. No se trata de premiar el compromiso, de establecer un sistema de reconocimiento y favorecer a unos candidatos y a otros no. Se trata, por el contrario, de que la política no sea instrumentalizada en beneficio propio, lo que, demás está decirlo, no significa necesariamente beneficio económico. En 2015 no había otro modo mejor, pero en 2019, ¿era lícito que cualquier

paracaidista se pudiera presentar a unas primarias después de cuatro años sin haberse asomado a una asamblea del grupo?

Se dirá que las votaciones de los censados acabarán poniendo en su sitio, es decir, a la cola, al advenedizo. Puede ser, pero hay episodios sonados en los que no ocurrió así. A fin de cuentas estamos hablando de unos pocos cientos de censados telemáticamente que también votan online. En Málaga Ahora se vivieron, de hecho, situaciones embarazosas. Al final de este texto, antes de las hipótesis de cierre, veremos cómo la derrota electoral revela la verdadera naturaleza y motivaciones de cada quien. En el seno de Málaga Ahora tuvimos un anticipo bochornoso. Una de nuestras concejales, descontenta con el rezagado puesto al que le habían relegado las primarias, renunció a integrar la lista para, en tiempo récord, participar en la fundación de otro partido con el que concurrir a las elecciones municipales, ahora sí en los puestos de cabeza, así fuera sin un mínimo de posibilidades. La ética, esa palabra a veces manoseada en exceso pero siempre enarbolada en el municipalismo, nos sacaba los colores con titulares de prensa difíciles de contrarrestar. Durante esos cuatro años la política institucional no había sido para esa concejala otra cosa que su espejo narcisista: a eso habían dado lugar las primarias abiertas de 2015 y la ingenua cantinela del igualitarismo. De más está decir que en los últimos meses ni siquiera se avino a hacer la donación económica que le correspondía según la limitación salarial establecida en nuestro código ético. ¿Cómo garantizar que en las de 2019 no ocurriera lo mismo? Los resultados que arrojaron nuestras primarias para los primeros puestos despejaron cualquier temor, pero eso es solo un caso particular.

<32> ¿Hay un método mejor? ¿Merece la pena, como en la experiencia de Barcelona en Común, entre otros, que sea un órgano de la candidatura quien designe la cabeza y el resto de la lista quede configurado mediante primarias? ¿Tiene sentido establecer mecanismos previos de aptitud y compromiso, desde pruebas escritas a debates públicos entre los candidatos, por ejemplo? No lo sé, pero resulta evidente que un cargo de representación institucional debe estar a la altura de sus electores, cuando menos en honorabilidad y dedicación, de lo contrario se incurre en una especie de fraude, también económico, desde el momento en que los salarios corren a cuenta de las arcas municipales. Los supuestos mecanismos de rendición de cuentas y seguimiento de labor no dejan de ser otro tipo de estériles formalidades, a los que además se suma que, según nuestro ordenamiento, el acta de concejal pertenece a la persona, y no a la organización con la que concurre. De otra manera, por ejemplo, Málaga Ahora se hubiera evitado el vergonzante transfuguismo de su concejal díscolo.

Nadie nace sabido, como dice el refrán, pero la disposición a aprender debe ser un valor a evaluar mediante órganos sólidos y vinculantes, algo que apenas sucedió en ninguna candidatura. La asunción de errores pasa factura electoral, de forma que al final los trapos sucios se lavan en casa, o se esconden. No dramaticemos, solo es una cesión más al pragmatismo constitutivo de la apuesta institucional.

Transparencia

El fetiche de la transparencia se ha llevado en ocasiones a extremos contraproducentes. La opacidad inveterada de todos los partidos del Régimen del

78 es una prueba más de la devaluación de nuestra democracia. O mejor dicho, una manifestación de ello. Tal y como hemos apuntado más arriba, los partidos han funcionado por norma según reglas empresariales, por mucho que su marco de operación fuera el público. De esa manera no solo se entienden los puestos vitalicios y las promociones internas por lo que podríamos llamar departamentos, sino también la clásica financiación a través de la banca. A izquierda y derecha se acumulan deudas impagables, hipotecas que amenazan como espadas de Damocles y créditos difíciles de compatibilizar con un discurso anticapitalista. No es de extrañar, por tanto, la renuncia de la izquierda oficial a hacer pública su contabilidad, que en definitiva, sobre todo en el caso de los grupos municipales o supra-municipales, se debe exclusivamente a subvenciones públicas.

<33>

No son afirmaciones gratuitas. Durante la última legislatura yo mismo fui testigo de cómo ningún grupo del Ayuntamiento de Málaga votaba a favor de que el interventor municipal fiscalizara sus cuentas y se publicaran en la preceptiva página de transparencia, tal y como pedía Málaga Ahora en una moción. Ya de por sí resulta bochornoso que un grupo municipal tenga que presentar una moción de ese tipo, pero se comprende si tenemos en cuenta que, al menos, la Ley de las Grandes Ciudades establece una excepción en el cumplimiento de mociones aprobadas: las referidas a presupuestos y fiscalidad son las únicas de obligada ejecución. ¿Se aprobó esa moción? Solo a condición de que Málaga Ahora introdujera una significativa enmienda: el Pleno aprobaba que para el ejercicio de 2017 únicamente se fiscalizaran las cuentas de Málaga Ahora,

mientras que para el resto de grupos municipales se esperaba al siguiente ejercicio —con tiempo suficiente para poner todo en orden, debemos deducir—. Ni siquiera así llegó a cumplirse ese mandato en toda la legislatura, lo que incluso provocó la intervención de la Fiscalía de Málaga para recordar al Pleno la obligatoriedad de la medida. A día de hoy, con Málaga Ahora fuera del Ayuntamiento, ningún grupo ha publicado sus cuentas, pese a que provengan íntegramente de dinero público.

<34>

No hay democracia sin transparencia financiera, por muchos vericuetos retóricos que se usen para escamotearla. Hemos dicho, sin embargo, que la transparencia a veces se llevó a extremos contraproducentes. ¿Mejora la calidad democrática de una reunión de negociación entre dos partidos su retransmisión por streaming? A mi juicio sucede todo lo contrario, pese a lo cual no hubo candidatura ciudadana que no la pusiera como condición tras las municipales de 2015, cuando se abrieron las mesas para negociar posibles apoyos a investiduras o incluso pactos de gobierno. La experiencia demostró que, evidentemente, una cámara web surte el mismo efecto que una de televisión. En esas mesas los viejos políticos solo decían lo que se suponía que tenían que decir. Esto es, hacían su trabajo, con mucha más profesionalidad que nosotros, recién llegados. Nadie hablaba allí de tú a tú, sino más bien al posible espectador. Con las cartas marcadas de semejante modo, en esas mesas no había negociación política, sino representación de la negociación. No es del todo seguro que, de haberse repetido las circunstancias en 2019, hubiéramos visto otro *modus operandi*, pues pocas veces se ha criticado.

Más operativo, a mi modo de entender, habría resultado la celebración de reuniones a puerta cerrada que concluyeran con una nota de prensa, o con una rueda, ineludiblemente conjunta, con lo que ambas partes hubieran rubricado de esa forma los acuerdos alcanzados sin cámaras de por medio.

Participación

El estado de salud de una democracia debería medirse por la capacidad de la ciudadanía para intervenir en los asuntos que realmente le afectan. La participación, la intervención, la toma de decisiones vinculantes distan mucho de normalizarse en estas latitudes. En Málaga aún se recuerda lo que a priori parecía un hito: el pleno municipal, a instancias de Málaga Ahora, aprobó por unanimidad una consulta ciudadana vinculante sobre el destino de unos extensos terrenos ocupados antaño por Repsol en el distrito más populoso del municipio, para los que una plataforma social exigía un bosque urbano, en contra de los planes edificatorios del gobierno local.¹ En cuanto las pesquisas del gobierno arrojaron que perdería la consulta, esta se canceló de inmediato. En cualquier caso, Málaga Ahora demostró que los terrenos estaban tan contaminados que la ley impide construir en ellos, por eso el proyecto urbanizador sigue paralizado.²

Propiciar la participación mediante toma de decisiones y órganos horizontales no merece la pena discutirse, pero sí en cambio que esa carencia

¹ Véase: <https://www.laopiniondemalaga.es/malaga/2016/01/29/consulta-ciudadana-decidira-terrenos-repsol/824945.html>

² Véase: <https://malagaahora.org/los-antiguos-terrenos-de-repsol-estanan-altamente-contaminados/>

<36>

estructural de nuestra democracia se pretendiera corregir con pocos matices en las prácticas internas del municipalismo. Las asambleas, máxima expresión de la participación, son consustanciales a los movimientos e iniciativas sociales. El municipalismo ciudadano se definió a sí mismo como un movimiento más, fruto de una reflexión colectiva que se puso por propósito el llamado asalto institucional. Con todas las reservas posibles a esa aseveración —como veremos en las conclusiones finales— lo cierto es que fue su éxito, es decir, la entrada en la institución, lo que lo alejó subjetivamente de los movimientos. No se trata tanto de esa irritante simplificación entre calle/institución, como de la pérdida efectiva de atractivo o pasión que desata la propia institución en cualquier integrante de los movimientos sociales. A fin de cuentas, buena parte de los miembros o impulsores de las candidaturas ciudadanas provenían de sus propios espacios de movimiento, y por regla general seguían prefiriendo estos cuando se trataba de dejarse el culo en asambleas y la energía en trabajo voluntario.

Se diría que se aspiraba a convertir lo que fue una excepción —la participación en masa en los círculos de Podemos y en las candidaturas ciudadanas tras el 15M— en norma. Semejante intensidad era insostenible. Pese a ello resultaba habitual oír en cualquier foro, como en los encuentros Municipalismo, Contrapoder y Autogobierno,³ lamentos por la baja participación.

³ Los encuentros MAC —impulsados por la Fundación de los Comunes y el Instituto para la Democracia y el Municipalismo— congregaron a candidaturas municipalistas de todo el Estado en cuatro ocasiones entre 2016 y 2018: Málaga, Iruña, A Coruña y Madrid.

Era cierto, se había acabado el desborde. Aunque en esos encuentros se daba cita una muchedumbre venida de todas partes del Estado, se corroboraba que en ningún territorio había ya asambleas abarrotadas, grupos de trabajo activos, ejes sectoriales dinámicos o como quiera que en cada lugar se nombraran a esos espacios propios. La frustración solo embargaba a los más ingenuos. En cualquier caso, el vaciamiento era sintomático. Evidenciaba, en primer lugar, que el municipalismo no era un movimiento, ni siquiera la consecuencia de un movimiento; con la excepción quizás de la Barcelona en Común de Ada Colau, la iniciativa pionera, que de todos formas siempre fue renuente a encuentros y redes.

<37>

Ciertamente en muchos otros lugares los movimientos sociales también parecían vivir un momento de reflujo. En Málaga, si bien algunas plataformas sociales contra el urbanismo salvaje tenían cierta repercusión y el Sindicato de Inquilinos lograba implantarse, ni siquiera un referente como La Casa Invisible conseguía sobreponerse a la lenta muerte que el gobierno municipal le intentaba administrar. (Por ejemplo, desde marzo de 2018 el centro social no cuenta con suministro de agua corriente, una situación que con la fuerza de años antes se hubiera revertido de manera inmediata.) Se podría decir que el municipalismo y los movimientos atravesaban un yermo parecido, pero no sería del todo exacto: a pesar de los altibajos, esos movimientos seguían vivos, con mayores o menores dificultades, mientras que en las asambleas municipalistas hacía ya demasiado tiempo que se repetían las mismas (pocas) caras. Es más, centros sociales, como la propia Casa Invisible, pero también otros de reciente creación, como La Ingobernable de Madrid, se

distanciaban ostentosamente del municipalismo ciudadano —en el que no incluyo al carmenismo—, al que en todo caso veían como un aliado *cool*, pero no como a un igual, algo parecido a los primeros tiempos de Podemos.

<38> En segundo lugar, las candidaturas ciudadanas se percibían como un afuera más o menos afín según los casos, y desde luego al que confiar el voto llegada la hora, pero nunca como un espacio de militancia. Nos creíamos parte de un movimiento, pero a muchos de nuestros compañeros los habíamos perdido de vista en los primeros recodos del camino. Bogábamos en un mar demasiado calmo, y nuestro error fue creer que, como los movimientos, dependíamos de las mareas, y que antes o después, como a ellos, la pleamar nos devolvería a la playa. No. Estábamos a la deriva, lejos ya de la costa, porque lo que había ocurrido, lo que en realidad había sucedido unos años antes, no era una identificación de movimiento y municipalismo, sino que sencillamente algunos compañeros detectamos el viento a favor del momento y surfeamos esa ola: «la ventana de oportunidad», se llamó a aquello, que no fue otra cosa que una corriente propicia tras la sonada emergencia del Guanyem de Ada Colau y el anuncio de que Podemos, aún bicho, no se presentaría a las municipales de 2015. En el fondo, el Régimen del 78 nos estaba ganando la partida, en algunos casos mediante caballos de Troya, como Manuela Carmena. Si nos pusiéramos mordaces afirmaríamos que del «No nos representan» habíamos pasado al «No nos representéis», vosotros no.

En esas circunstancias, la participación se acabó pareciendo más a una mera distribución de labores y a la sistemática celebración de foros abiertos

en los que, excepto en contadas ocasiones —como aquella en que, con solo tres pronunciamientos en contra, se consensuó concurrir a las elecciones—, sus participantes eran, con pocas diferencias, los mismos que en cualquier otra reunión habitual. La llegada de las elecciones trajo una nueva ola, es cierto, se renovaron las energías, pero si lo miramos en perspectiva podemos afirmar que en realidad de manera limitada. Sorprendentemente, los equipos de redacción para el programa, funcionaron con precisión, aunque costara alimentarlos, al contrario que en 2015, cuando cada eje programático contaba con un nutrido grupo para su redacción.

<39>

Una de las tareas más tediosas a las que me he enfrentado es, precisamente, la redacción final de un programa electoral conformado a partir de las aportaciones de todos esos grupos temáticos. Este es sin embargo uno de los test que mejor idea dan del estado de salud de cualquier candidatura de nuevo cuño. El nuestro nos situó frente a otro espejismo, sin lugar a dudas nos devolvió una imagen saludable. A día de hoy sigo pensando que si los programas tuvieran alguna importancia real, si en resumidas cuentas lo trascendente fuera el guión y no los efectos especiales, nadie nos habría hecho sombra. De ese trabajo en concreto creo que todas las personas que conformaban Málaga Ahora se sintieron orgullosas.

El diseño del programa podría servir como epítome de los cuatro años de legislatura, seguramente no solo en el caso malagueño. En primer lugar, debido a la propia metodología participativa, seña distintiva; en segundo lugar, por el proceso de maduración que reflejaba con respecto de 2015: si aquel había sido un programa de intenciones,

<40>

este se basaba en el trabajo de toda una legislatura, con medidas concretas, minuciosas, razonadas e incluso con planes de ejecución; en tercer lugar, por la profesionalización que todo ello denotaba: el asalto institucional era ahora una guerra de mantenimiento, un escenario en el que ya sabíamos –eso creíamos– cómo movernos, cuando en realidad solo conocíamos su funcionamiento, que no es lo mismo; y por último, y relacionado con lo anterior, por su ingenuidad: de verdad creímos que una inversión de energía y trabajo tal, un extenso y realista programa como el nuestro, sin duda el más ambicioso e innovador de cuantos concurren en Málaga, podría significar algo. Creímos, una vez más, que hacer bien las cosas internamente garantizaba un éxito, llamémosle así, externo.

El otro punto en el que la participación pareció reverdecer fue en el inicio de campaña. La celebración de varios foros abiertos para abordar asuntos centrales de la ciudad había congregado a las caras habituales, así como algunas nuevas. Las caras nuevas se sumaron con fervor a la campaña, muchas con verdadero ahínco, haciendo incluso gala pública de formar parte de la lista electoral. Es algo común en todas las candidaturas, y también esperanzador: era gente que siempre había estado ahí, siguiéndonos, participando de manera puntual, colaborando en ocasiones, y desde luego valorando el trabajo de Málaga Ahora. De pronto su entusiasmo resultaba contagioso. Habíamos calado, claro que sí, eso era lo que nos estaban demostrando. Todo ello era verdad, era realidad, si preferimos, pero una realidad minoritaria. No era que la participación reverdeciera como síntoma de nuestro empuje. Eran los inevitables brotes verdes tras cuatro años de trabajo.

Podemos concluir así que la participación, ese meme, no termina de ser un buen termómetro, ¿pero entonces cuál lo es? ¿La incidencia en redes, por ejemplo? Tampoco. Más allá de lo que se ha llamado «tecnopolítica», nunca llegamos a fetichizar las redes sociales virtuales. Sin embargo entendimos desde el principio que el boicot fiero y arrogante al que nos sometía buena parte de los medios locales volvía indispensable que exprimiéramos al máximo esa vía. Así lo hicimos, en muchos aspectos de manera ejemplar, incluso viralizando cuestiones exclusivamente políticas. Desde luego, en ese ámbito siempre tuvimos mucha más repercusión que cualquier otro partido con representación, pero, como quedó demostrado, nada de ello significaba ese éxito externo que he mencionado antes. Además, las redes pueden convertirse, en algún modo, en exactamente lo contrario de la participación. Pueden confundir el rol de espectador, a veces interactuante, con el de participante.

<41>

La participación es de hecho un arma de doble filo, que en momentos de alta intensidad puede llevar a una euforia mal correspondida con la realidad, mientras que en momentos de baja intensidad genera frustración. Su correlato, y quizás lo que en numerosas ocasiones se quiere nombrar con la palabra «participación», es la horizontalidad. ¿Pero es riguroso hablar de horizontalidad cuando apenas hay participación? ¿Una participación desbordante resulta operativa o necesariamente provoca más verticalidad? En esas circunstancias, ¿damos por buena que la participación se convierte en realidad con un mero volcado de opiniones? ¿Se puede hablar de participación si no hay verdadera intervención? ¿Cómo denominamos la participación

cuando no va acompañada de asunción de tareas?
¿Cómo garantizamos la horizontalidad y la participación cuando, a la fuerza, el asalto institucional provoca dinámicas bien diferenciadas entre el grupo municipal y el partido en sí?

3. Campaña

La campaña comienza antes de la campaña. Al menos si por campaña nombramos esa aceleración del tiempo, esa dedicación exclusiva, esa desaparición de todo cuanto te rodea, esa inquietud constante, rayana en la ansiedad, que provoca saber que hay tantísimos cabos que no parece posible atar antes del inicio oficial. Si hasta ahora me he valido de mi experiencia personal para lanzar algunas valoraciones generales, este es el apartado más propiamente subjetivo, el apartado del que nacen todas las respuestas que he tratado de responder, y que viene provocado por las dos preguntas que han abierto estas páginas. Como toda experiencia puramente personal, como toda valoración meramente subjetiva, si bien no aspiro a nada tan altisonante como para que sirva a la hora de extraer grandes verdades, espero que al menos contenga pasajes extrapolables, lugares en las que tantos y tantas que han atravesado estos mismos caminos se sientan reconocidos.

Diferencia (y repetición)

La campaña comienza antes de la campaña porque previamente hay que tener listo el programa, con su maquetación vistosa, sus resúmenes, sus versiones descargables, sus medidas destacadas y explicadas

<44>

de manera pintona, con sus gráficos, sus titulares llamativos, sus argumentarios específicos. La campaña comienza antes porque previamente hay que tener una nueva página web acogedora, preparar la línea gráfica, el guión del vídeo, su presupuesto, la negociación y la contratación para su realización contrarreloj con una de las productoras habituales de Barcelona en Común, las sesiones fotográficas de todos los candidatos, los memes para las redes. La campaña comienza antes porque previamente hay que tener bien dispuestos los plazos de entrega a la imprenta, los grupos bien conformados que panfletearán, pegarán carteles, montarán las carpas, se dividirán el trabajo en redes, la agenda, el acompañamiento a la cabeza de lista en todas las tertulias, debates, entrevistas, encuentros. La campaña comienza antes porque previamente tienen que estar diseñados todos los actos que durante quince días dan sentido a los últimos cuatro años, por mucho que te empeñes en pensar que no es así. En la campaña, a fin de cuentas, pides el voto, es decir, tu continuidad, porque no terminas de entender que, en el fondo, la campaña apenas sirve, que ya estás sentenciado.

Y, sin embargo, no es hasta el jueves por la noche, con el arranque oficial de la campaña, cuando comienzas a comprender que de pronto te has convertido en un político profesional. No solo vas a pedir el voto, sino que en tus manos, junto a la de tantos otros, está convertir a una amiga, a una compañera, en candidata a la alcaldía de Málaga. Es entonces también cuando te das cuenta de que puedes hacer tu trabajo bien, muy bien incluso, que eres capaz de resumir un programa entero en cuatro o cinco titulares, que puedes prever las preguntas de cada

entrevista a tu candidata, los derroteros por los que discurrirá cada debate, los flancos débiles por los que tratarán de desmontar su defensa, las trampas que le tenderán y las salidas a cada una de ellas. Eres capaz de prever el tono de cada espacio televisivo, el tipo de lenguaje a utilizar en cada uno de ellos, la actitud más adecuada según el entrevistador. Eres capaz de mantenerte en ese segundo plano, como un observador atento a cada detalle, a cada error a corregir, a cada reacción. Eres capaz, en definitiva, junto a otros, de formar parte del equipo técnico que traza la estrategia para que otros salten a la cancha. Incluso, especialmente en el cuerpo a cuerpo, sabes que disfrutarías más, mucho más, que tu propia candidata. Y, con todo, sabes a ciencia cierta que nunca tendrías madera de candidato, que nunca tendrías el talante que algo así requiere, que para ser la cara y la voz visible de un proyecto como este no basta la oratoria, ni los argumentarios, ni los reflejos ante periodistas malintencionados. En una candidatura ciudadana como la nuestra y en muchas otras, donde el candidato no manda un carajo, donde su proyección mediática es insignificante, donde su imagen, por tanto, se debe labrar también y en buena medida en el trato directo y no protocolario, porque no hay medios que te vayan a construir un perfil a medida, hay que tener un don de gentes a prueba de contra-tiempos, de agotamiento, de agendas cronometradas, de difamaciones, de exigencias ridículas y otras trascendentales que en ese vórtice no se gradúan. Hay que tener una disponibilidad absoluta y al mal tiempo buena cara. Nuestra candidata tenía todo eso.

Así pues, dos eran los retos fundamentales a la hora de afrontar esta campaña, y que valen para Málaga Ahora como para tantas otras candidaturas:

crear una candidata y *singularizarnos* o, en otras palabras, presentarnos como una opción claramente distinta a la coalición de Izquierda Unida y a los restos de Podemos, cuando lo cierto es que nos dirigíamos a un electorado bien restringido, mucho más de lo que vaticinábamos, y así se vio a la postre.

<46> No pretendo elaborar intrincadas teorías sobre la carrera electoral, ni mucho menos relatarla en términos épicos o, peor, tacticistas. Este, ya lo hemos dicho, no es un ensayo político, ni un análisis de ciclo, sino un opúsculo más modesto. Centrarme en mi experiencia personal, la de alguien renuente a ese mundo, supone admitir que sacar adelante esos dos retos fundamentales comportaba una incómoda consecuencia: de repente uno se había convertido si no en un político profesional, al menos sí en un técnico político, igualmente profesional. Es decir, quedaba suspendido cualquier atisbo de escepticismo previo, cualquier alusión o mirada nostálgica a su bagaje anterior; la mochila, si se quiere, era un inoportuno lastre. Después de todo, ¿no se trataba de asaltar los cielos? Pues vayamos ligeros de equipaje... ¿Hace falta que lo diga con más claridad? Aceptar esos dos retos, lanzarse, en definitiva, de lleno a la campaña, es el momento en el que cristaliza lo que más habías temido: comportarte como un cínico, única posición asumible para que desde la retaguardia no dejes de exigir a tu candidata que sonría en cada ocasión.

Comencemos por la singularización. Como hemos visto más arriba, en 2015 la suma de votos a Málaga Ahora (a la que Podemos apoyó de manera oficial tras consultar a sus inscritos) y a Izquierda Unida (bajo el nombre de Málaga para la Gente) había superado los 47.000 (con 30.000 y 17.000,

respectivamente). Igualmente, hemos visto que en el caso malagueño Podemos estaba en vías de extinción. Su Consejo Ciudadano estaba tan diezmado que ni siquiera contaba con un secretario general; estas elecciones eran las terceras consecutivas para las que no daban con alguien capaz de encabezar la coalición con Izquierda Unida. En otras palabras, Podemos era solo un nombre, una marca, si se prefiere. En cualquier caso, una marca con mucha más potencia electoral que la que representaba Málaga Ahora, como bien calculó Izquierda Unida cuando reculó en su decisión de confluir con nosotros para así absorber todo su capital simbólico. Frente a ello, nuestro único aval eran los cuatro años de labor en el Ayuntamiento y, también, en la Diputación, donde precisamente nuestra nueva candidata se había desempeñado como portavoz.

<47>

Lo que teníamos que ofrecer consistía así principalmente en logros que se habían obtenido escapando a la lógica de un partido de oposición, condenado como hemos visto a que sus mociones engordaran los cajones del gobierno. Si las mociones no se ejecutan, ¿podíamos hacer que, desde nuestra posición, la institución sirviera para algo? Sí, y a eso nos habíamos dedicado en buena medida. Muy pronto habíamos descubierto que la inercia de los viejos grupos les llevaba a entender la política en la institución como ese juego de debates en plenos y comisiones en torno a mociones estériles —y su presentación previa ante la prensa—, lo que he llamado más arriba una campaña constante. Eso explica que, desde semejante posición acomodada, durante dos décadas y media de gobierno del PP ningún partido hubiera destapado por sí mismo casos reales de malas prácticas o corruptelas. Buena

parte de nuestros recursos y energías, ahora que teníamos una posición privilegiada para acceder a la información, los destinamos a investigaciones exhaustivas sobre las numerosas irregularidades, forzaduras de la ley, amaños de pliegos, desmanes urbanísticos, mangas anchas, etc. que la oposición, acomodada en su sillón de espectador y confiada a la inercia del turnismo, ni siquiera afeaba al gobierno del PP.¹

<48>

Como es lógico, cada vez que destapábamos algún caso nuevo colisionábamos con los poderes fácticos de la ciudad, que en casi todo municipio giran en torno a los intereses urbanísticos y a los grandes cárteles de las contrataciones públicas. No en vano a Málaga pertenece Sando, empresa habitual de los papeles de Bárcenas, responsable de que se cuente con el peor servicio de limpieza entre las grandes ciudades según todos los indicadores. En el caso particular de Málaga también se debe mencionar que a día de hoy, como sucediera en su momento con el ladrillo, prácticamente el único nicho productivo, o más bien extractivo, de la ciudad es el turismo. Los sectores vinculados a este tienen una capacidad de incidencia en el gobierno apenas disimulada, lo que se traduce en cesiones injustificadas de los mejores suelos de la ciudad, redacción de ordenanzas laxas para la ocupación de la vía pública, exenciones a su cumplimiento e incluso una suerte de diseño urbano, lo que se ha dado en llamar «urbanismo cofrade», concebido exclusivamente para el paso de procesiones durante Semana Santa.

¹ En el siguiente enlace se pueden consultar esas investigaciones, que van desde los vertidos ilegales de aguas fecales a las playas de la ciudad hasta la creación de un monopolio en la contratación de eventos públicos, pasando por la gestión de los polideportivos públicos o del museo CAC, entre otros casos. Véase: <https://malagaahora.org/investigaciones/>

Cabe destacar algunos de esos grupos de presión y poderes fácticos como particularidades propias de Málaga, si bien relacionados con todo lo anterior, así es el caso de las asociaciones de hoteleros y de hosteleros, la Agrupación de Cofradías y los entramados empresariales vinculados a la gestión cultural —que en Málaga se entiende como una atracción turística más— y a la adjudicación de los aproximadamente 2.000 eventos públicos que se celebran al año en el municipio. Los ejemplos son grotescos e innúmeros: la plaza de la Judería, en pleno centro histórico, privatizada de facto y contra toda normativa por la terraza de El Pimpi, el principal bar y restaurante de la ciudad, y cuyo propietario, en agradecimiento por la vista gorda, no ha dudado en poner a uno de sus salones el nombre del alcalde; el propio alcalde, que aún dio por ganador, sin esperar a veredictos, el proyecto presentado por Antonio Banderas —un poder en sí mismo— al concurso para adjudicar la creación de un centro cultural (y hostelero) en la mejor parcela de la ciudad, descartado tras el subsiguiente escándalo; el apoyo incondicional del gobierno a Fernando Francés, gestor del Centro de Arte Contemporáneo (CAC) hasta su nombramiento como secretario general de Cultura en la Junta de Andalucía, pese a los indicios criminales, más que sólidos, que acumula —hoy día está investigado por la Fiscalía precisamente a instancias de Málaga Ahora, por lo que ha dimitido de su cargo institucional—: este apoyo llegó a extremos tan caciquiles que se dio por bueno que el concurso para renovar la gestión del CAC (de titularidad municipal) fuera adjudicado a una nueva empresa, pero cuyo único miembro era... el propio Francés, y esto pese a que su cargo en la Junta le inhabilitaba para ello; la concesión a amigos del presidente de la

Diputación de la explotación de un restaurante de algo standing, con entrada diferenciada y horarios propios... en las instalaciones de un polideportivo municipal; las amenazas de multa a nuestro grupo, en particular por haber contratado los servicios de un laboratorio que tras varias catas demostró que la altísima contaminación por hidrocarburos impedía el proyecto edificatorio que el gobierno planeaba en los terrenos antaño ocupados por Repsol —como «movimientos ilegales de tierra» llegó a tildar un cargo del gobierno las catas realizadas a 40 centímetros de profundidad—. Estos son solo algunos ejemplos, ni siquiera los más graves, pero dan una idea del color local de estas tierras tan próximas a un gilismo nunca erradicado del todo.

Hay intereses cruzados, por supuesto. El director del principal diario de la ciudad, *Sur*, con capacidad para marcar la agenda política local, mantiene un programa de tertulias, entrevistas y debates en la televisión provincial del grupo Espectáculos Mundo. Este grupo esconde una verdadera maraña empresarial que a la postre, por caminos que rozan claramente la prevaricación, ha acabado constituyendo un monopolio en la millonaria adjudicación de la gestión de eventos públicos de la ciudad: desde los Carnavales hasta el alquiler de sillas durante la Semana Santa. El entramado es tal que no hay resquicio para la contratación de otras empresas no adscritas al grupo: hasta la compra de caramelos para la cabalgata de Reyes se hace a través de una de sus firmas. Se entiende que una de las redactoras de la sección de política local del propio *Sur* sea cónyuge de uno de los gerentes del grupo. Se entiende así también la tibieza con la que ese diario —con todo, el medio de comunicación

que con mayor ecuanimidad nos trató en toda la legislatura— abordó el informe nuestro que desvelaba las irregularidades por las que Espectáculos Mundo obtenía la práctica totalidad de la gestión de los eventos municipales. En resumidas cuentas, se constataba una vez más lo que, tras décadas de camaleonismo, en la izquierda oficial tenían claro: solo obtienes algo de favor mediático, y por tanto tu propia supervivencia, si te conviertes en una izquierda inofensiva.

He traído específicamente este ejemplo a colación porque era un secreto a voces desde hacía al menos 15 años. Solo se tenían que estudiar a fondo los pliegos de contratación, contrastar la información con algunos de los músicos de renombre que actuaban en los eventos —y que, como suponíamos, cobraban mucho menos de lo que aparecía en esos pliegos— para corroborar lo que era de dominio público, lo que los artistas de la ciudad llevaban años denunciando: condiciones leoninas y contratos de miseria, cuando el Grupo Mundo, barruntaban, estaba facturando a las arcas municipales mucho más de lo que se afirmaba.

De nuevo recibimos amenazas de querellas por parte del portavoz del gobierno, que nos acusaba de revelar información reservada —pero sorprendente no negaba la veracidad de las informaciones—. Lo notorio, tanto de este caso como de muchos otros, fue el silencio de la izquierda oficial. No hubo ni un amago de solidaridad cuando el canal televisivo de ese grupo empresarial, como represalia, optó por vetarnos en todos sus informativos para el resto de mandato, en ocasiones de modo grotesco, como las veces que recortó las imágenes en las que nuestra portavoz aparecía durante una rueda de prensa

conjunta, por ejemplo. De modo parecido, las palabras *Málaga Ahora* dejaron de aparecer en el diario *Sur* durante meses. Ciertamente, frente a estos vetos, nunca reclamamos muestras de apoyo por parte del resto de partidos, al menos de aquellos del ala izquierda. Resultaban aleccionadoras las medias palabras con las que sorteaban el asunto, sobre todo los concejales de Izquierda Unida, los mismos que no aprobaron nuestro intento de fiscalizar y publicar las cuentas de los grupos municipales o que se fingieron sorprendidos cuando demostramos que en los últimos años, mientras ellos miraban a otra parte, se habían desviado millones de euros de dinero público a las cofradías, ese opiáceo, según repetían no hace tanto. Lo peor es que aquellos silencios electoralistas –ese nuevo cálculo de izquierda inofensiva– no les salieron como esperaban, aunque desde luego sí mucho mejor que a nosotros.

<52>

En definitiva, eso era lo que podíamos ofrecer para singularizar nuestra manera de ejercer como oposición: ejemplos como los de esas investigaciones, sumados a muchos más sobre la integridad ética. Nuestras concejales eran las únicas en la corporación que no usaban coches oficiales, que tenían en la práctica limitación de salarios y mandatos, que no estaban relegadas detrás de los mismos hombres en las listas de cada legislatura, no arrastrábamos deudas bancarias, no pactábamos listas en despachos, no aceptábamos a tráfugas y solo nuestra candidata se había atrevido a denunciar que, tras dos años de huelga del Cuerpo de Bomberos, el acuerdo firmado por sindicatos como Comisiones Obreras era un insulto a los trabajadores, algo que a la izquierda le convenía ocultar en campaña. A todo ello se añadían otros logros obtenidos en

negociaciones presupuestarias, como los significativos aumentos de las partidas destinadas a Igualdad. Se trataba de medidas concretas, verificables, con repercusiones tangibles. Sin ir más lejos, el proyecto en los antiguos terrenos de Repsol sigue paralizado gracias a nuestra acción. Los demás, por su parte, solo podían ofrecer posicionamientos políticos e ideas programáticas, es decir, vaguedades, a eso se reducía su trayectoria de cuatro años... En otras palabras, éramos nosotros los que no teníamos nada que ofrecer.

<53>

Al fin y al cabo, de lo que estamos hablando es de las entretelas de la política municipal o, peor aún, ¡de la Diputación provincial!, esas páginas de los diarios locales que casi todo el mundo se salta, si es que lee alguno, y que ocupan los noticiarios de unos canales de televisión que sintonizamos a partir del número 30. Hagan la prueba en cualquier ciudad de provincias de tamaño medio. Seguramente en Málaga más gente sabe quién es Begoña Villacís que Juan Cassá, y desde luego nadie en Madrid sabe quién es el segundo en el Ayuntamiento, como tampoco habrán oído hablar de Francisco de la Torre, mientras que no hay malagueño que no conozca a Manuela Carmena. En definitiva, la campaña que estábamos a punto de emprender se sustentaba en factores que a nadie le importaban o, cuando menos, en factores que requieren, para su conocimiento, un tiempo y dedicación que, probablemente con buen criterio, la mayoría de la gente destina a otros menesteres. Nuestra campaña se iba a dirigir a esa minoría informada de los por menores municipales, tanto más exigua cuando en las elecciones locales de Málaga apenas vota la mitad del electorado.

Los esfuerzos fueron encomiables y, desde un punto de vista comunicativo, excelentes. Difícilmente alguien hubiera hecho más con tan poco. Eso, de nuevo, conducía al error. Si uno comparaba nuestra campaña con la del resto era evidente que sobresalía..., pero de nuevo lo hacía entre esa exigua minoría, que a su vez ya tenía el voto decidido.

Candidata

<54>

Hablamos aquí de nuestra prioridad a fin de singularizarnos, ya lo he insinuado más arriba. Éramos la única candidatura encabezada por una mujer. Durante los días previos al arranque oficial de la campaña emitimos un vídeo coral con los cinco primeros candidatos de la lista, y pegamos cientos o miles de carteles con una imagen de grupo. No obstante, los carteles de la campaña propiamente dicha ya solo mostraban el retrato de la cabeza de lista. Entendíamos que el hecho de que fuera el único cartel electoral con el rostro de una mujer ya era un mensaje de por sí, una singularidad más, una relevante cuando en los últimos años los feminismos cobraban un impulso protagónico y cuando en el propio eslogan quedaba claro que era uno de nuestros ejes fundamentales. El cartel, además, alejado de esos retratos de fotomatón y fondos sobrios, era llamativo y fácilmente reconocible. En cada barrio de la ciudad, en muros y farolas, nadie podía decir que no se había enterado de que había una candidatura cuando menos distinta.

Ahora, de lo que se trataba, era de ponerle carne y voz a esa candidatura, y luego de hacerla portadora de la diferencia. Nuestra propia candidata, Rosa, ya era una diferencia en sí, no solo por su condición

de mujer de mediana edad. No encajaba con el perfil típico de un candidato, algo más o menos común en muchas otras listas ciudadanas. Ciertamente durante los últimos cuatro años había sido nuestra única representante en la Diputación Provincial, esa oscura institución tragapresupuestos, e incluso había sido elogiada, para sorpresa generalizada, por el propio presidente (PP) en su discurso de despedida antes de asumir un alto cargo en la Junta de Andalucía. Y es que su talante era nuestra mejor baza, ¿pero cómo comunicas eso en unas elecciones tan poco mediáticas?

<55>

En primer lugar, como he dicho, había que transformar en candidata a una amiga que no venía del mundo de la política, de la administración o del funcionariado anexo, aunque al menos tenía el «aval» de los últimos cuatro años. Tampoco disponíamos de currículos universitarios o profesionales más o menos resultones, así fuera la clásica licenciatura en Derecho. Teníamos a una mujer que había sido madre por primera vez a los 19 años, que para sacar a los suyos había tenido que desempeñar todo tipo de trabajos, el último como cocinera en el comedor que durante un tiempo mantuvo abierto La Casa Invisible. Había que hacer del defecto virtud, eso estaba claro, pero sobre todo había que conseguir que sus alocuciones, debates y entrevistas desprendieran no solo talante y cercanía, sus puntos imbatibles junto a la dosis adecuada de arrojo, sino también solvencia.

La primera entrevista fue un desastre. Durante los días previos ya habíamos tenido varios ensayos, incluso algunos debates en varios foros, una especie de calentamiento que nos había dado la oportunidad de limar el discurso y preparar algunos

argumentarios de asuntos que a todos los medios les parecían extremadamente relevantes, pero a los que, en el fondo, nosotros les concedíamos una importancia muy relativa. Excede a este texto analizar hasta qué punto los medios magnifican algunas cuestiones cuyo interés general, como demuestran las encuestas, es mínimo, así sea el caso de las plusvalías por herencia. Con todo, esta entrevista era mucho más relevante porque, aunque grabada el jueves víspera del inicio oficial de la campaña, se emitiría el viernes y en un medio de difusión como la cadena Ser. Tardé apenas unos segundos en darme cuenta cuál había sido el problema y mi grado evidente de responsabilidad.

<56>

Tras las charla previa con las entrevistadoras, en cuanto nos metieron en el estudio, le pusieron los auriculares y se hizo el silencio, a Rosa pareció imponerle la situación. Ciertamente la entrevista resultó mucho más incisiva que cualquier otra de las que íbamos a tener, con preguntas incómodas, casi en tropel y sin tiempo para la matización. Algunas de ellas ni siquiera la teníamos del todo preparada. La candidata estuvo nerviosa, titubeante, errática y en algunos instantes se vio incluso bloqueada para acabar admitiendo que no sabía qué contestar con rigor. ¿Qué había sucedido?

La candidata había intentado comportarse como una candidata, un error en el que yo tenía mucho que ver. De algún modo había intentado repetir, casi de memoria, los argumentarios que yo había escrito con expresiones demasiado formales o, peor aún, las mismas frases técnicas que hubiera empleado nuestra portavoz del grupo municipal, abogada de profesión. Cuando no encontraba el modo de encajar esas retahílas ajenas, se bloqueaba. Simplemente

había intentado comportarse como lo que no era. Y eso no colaba, claro, pero sobre todo, no debía colar. No establecía diferencia alguna. Por fortuna, mi grado de entendimiento con ella era completo.

Cualquiera que haya estado en una situación como la mía sabe la radical importancia de tener plena sintonía con la candidata y cómo eso facilita el trabajo de ambos. Y el trabajo que teníamos por delante era claro: Rosa tenía que hacer suyos los argumentarios. Esto es, interiorizarlos de tal manera que no solo los pronunciara con naturalidad, sino con sus propias palabras. En realidad, interiorizar los argumentarios significaba olvidarse de ellos. Yo mismo había estado tan obsesionado, tan preocupado, tan inquieto, tan insomne, tan encerrado en ellos como para olvidar que, a fin de cuentas, no son nada sin la voz que los pronuncia, que de hecho es esa la que les puede dar sentido o desbaratarlos. Rosa y yo coincidíamos. Si algo la caracterizaba era que precisamente ella no se expresaba como un político al uso, que su manera de explicar cada punto resultaba convincente precisamente por su llaneza, alejada de toda impostura. Cuando ella era ella, no había doblez alguna. No había pose. Y eso justo era la más notoria diferencia con el resto de candidatos, especialmente si mirábamos a PSOE y Ciudadanos, cuyos candidatos-marioneta no lograban, ni lograrían, liberarse de sus rígidos corsés. La paradoja era evidente: nuestra candidata tenía que dejar de ser candidata.

Rosa no debía repetir los argumentarios: se los tenía que *contar* a los espectadores, oyentes o lectores. Es una cuestión de confianza en uno mismo, de creérselo. Y eso, estaba seguro, no iba a resultar tan difícil. En primer lugar ella tenía que olvidarse

de que su cara estaba por toda la ciudad, liberarse de ese peso: esa imagen no era más que un icono, convenía despersionarla. En segundo lugar, no hay modo mejor de ganar seguridad en uno mismo que contemplando a los rivales. Y, en tercer lugar, se trataba de corregir esa desesperante tendencia de los candidatos a explayarse, esos caminos de largo recorrido que rara vez conducen a un titular, esa manía de introducir la respuesta a una pregunta, contextualizarla, repasar a continuación todo lo hecho con anterioridad y llegar, exhaustos, a la pormenorización trabajosa de las medidas que se proponen.

El gran reto de cualquier responsable de prensa, la idea fija, es meterle en la mollera a los portavoces que te van a conceder 10 segundos de televisión y de radio, y un faldón en un diario. Si quieres un monólogo no elijas el plató de la política institucional. No se trata de dar información, sino precisamente de lo contrario: dejarla en los huesos. La razón no es solo de espacio, es de control, de un mínimo de control. Cuanta menos información des, más fácil es que solo cuenten lo que tú pretendes. Si consigues ese gran logro que es convertir cada una de tus frases en un titular —ya lo decían en esa vieja serie, *El ala oeste de la Casa Blanca*—, limitas la posibilidad de que al día siguiente leas uno que no te conviene. En una rueda de prensa di solo lo que quieres que publiquen —lo que de hecho tu responsable de prensa quiere que se publique— en esos reducidos espacios, y si se diera la improbable circunstancia de que los saturados redactores quisieran profundizar en algo más, que pregunten.

De ese modo conseguimos resumir cada una de nuestras principales medidas programáticas en un solo titular, que es con el que Rosa tendría que

iniciar, sí o sí, cada respuesta, para a continuación entrar en detalles hasta donde pudiera. Ese titular inicial, a su vez, le serviría como conjuro para romper el corsé y, ya liberada, únicamente tenía que dar rienda suelta a su propia personalidad, por lo demás cercana y muy alegre. Funcionó. Tenía que olvidarse de explicar la situación de pobreza de un tercio de la población malagueña, de abogar por unas instituciones que priorizaran el bienestar social, bajo ningún concepto había que argumentar sobre el chantaje del trabajo asalariado como único modo de acceder a la renta en tiempos de paro estructural. No, jamás. Si nos preguntaban sobre nuestras medidas al respecto bastaba con decir «Yo creo que llegar a fin de mes es un derecho». De ese modo caería por su propio peso nuestra propuesta, por ejemplo, sobre una renta municipal complementaria y, explicada con sus palabras, a nadie se le escaparía en qué consistía y cómo financiarla.

<59>

Las siguientes entrevistas, en efecto, fueron mucho mejor. Nos hacía falta, porque el martes, es decir, en los primeros compases de la campaña, iba a tener lugar el único debate entre los cinco candidatos de los partidos con representación en el Ayuntamiento, lo que incluía al sempiterno alcalde. Era un arma de doble filo: si la candidata volvía a flaquear como en aquella primera entrevista, eso nos lastraría para el resto de campaña, mientras que si salía airosa teníamos toda la campaña por delante para aprovechar el empujón... Sí, realmente llegamos a creer que a alguien le importaba un debate en la televisión local a la misma hora que el Málaga jugaba un partido trascendental en sus aspiraciones para ascender a primera división. En cualquier caso salió muy bien. No es que la candidata hiciera

suyo el argumentario, es que cuando más brilló fue cuando no le hizo caso, en esos pocos instantes de debate abierto.

<60>

En el taxi, cuando ambos íbamos de camino, le comunicaron que los sindicatos habituales acababan de firmar un acuerdo vergonzoso, pese a los dos años de encierro que estaban protagonizando los bomberos de Málaga. Ella sabía que incluso el candidato comunista de Adelante Málaga, que llevaba en su lista a uno de los bomberos y que había hecho de esa lucha uno de sus ejes, eludiría el asunto. Jamás, y menos en campaña, rompería su disciplina castrense para criticar una nueva traición de Comisiones Obreras, la empresa sindical ligada tradicionalmente a su partido. Nuestra candidata se saltó el guión, interrumpió al alcalde en los momentos de debate abierto, explicó los detalles del acuerdo, sacó los colores a derechas y a izquierdas y evidenció el silencio cómplice y unánime de todos esos hombres. Aunque en los días posteriores le llovieron las felicitaciones de los propios bomberos, dudo mucho que un número mínimamente representativo de ellos nos votara. Ahí estaba, después de todo, uno de sus portavoces integrando otra lista.

El resto de la campaña discurrió sin sobresaltos. Por un lado, Rosa se desenvolvía con soltura, mostraba una naturalidad y cercanía distintivas, había ya dado muestras de un arrojo también diferenciador y su sola presencia destacaba en cualquier otro foro, siempre con candidatos varones (un pasteleo intrascendente para algunos referentes de la izquierda: «Lo de mujer u hombre me parece que son concesiones a esta especie de *El Corte Inglés* en que se está transformando la política», dijo en su día Julio Anguita). El propio perfil oficial de Rosa

en Facebook ganaba seguidores a marchas forzadas y, de hecho, era en las redes donde exprimíamos nuestra imaginación y también una parte no despreciable de nuestro presupuesto.

La idea fija era la misma, y de hecho compartida con tantas otras candidaturas ciudadanas: solo nosotros representábamos esa regeneración por la que había clamado el 15M. Los ejemplos abundaban y a cualquiera le podía llegar a su whatsapp o al hacer scroll en su pantalla un vídeo-gif con nuestras diferencias de carácter interno, organizativo y ético, además de algunas significativas votaciones en las que nos habíamos quedado solos. Bastaba, además, con ver los breves cortes de las entrevistas o debates televisivos que igualmente promocionábamos y en las que nuestra candidata ponía voz y cuerpo a todo ello. Nos felicitaban, sí. En privado, casi a escondidas, no dejaban de llegarnos felicitaciones por la buena campaña, esa era la expresión, «la buena campaña» que estábamos haciendo. Nos lo decían incluso integrantes de Adelante Málaga, con la que compartíamos electorado, y que de sobra sabían que, en rigor, ellos no estaban haciendo campaña. Lo suyo se reducía a anunciar que estaban ahí, a recordar a quién había que votar, qué nombre pondría en esta ocasión en la papeleta, pero sobre todo qué logos figurarían en ella. Y estaban, además, las encuestas.

Con unas elecciones tan abiertas como aquellas, en las que, con la inclusión de Vox, había seis partidos en liza con opciones aparentemente reales, ningún medio se atrevía a pagar una encuesta. Mínimas variaciones porcentuales podían desbaratar cualquier previsión, volver ridículas esas mismas encuestas. No obstante, siguiendo una pauta

periodística muy cuestionable, el diario *Sur* fue el único que, como acostumbraba, publicó las encargadas por los propios partidos, en concreto una del PSOE lanzada en vísperas de campaña y otra del PP a mediados. La del PSOE, realizada con toda intención tras los resultados de las generales, nos situaba con dos concejales. Era un dato que llamaba al optimismo, puesto que precisamente durante la campaña de las generales los únicos nombres que se habían repetido eran los de los partidos estatales, y aun así, con el nuestro silenciado por fuerza, una buena parte del electorado malagueño afirmaba que en las locales nos votaría. Claro que también cabía otra interpretación: esos votantes aún no reconocían en las preguntas el nombre de Adelante Málaga como la nueva marca escogida por Podemos e Izquierda Unida para las municipales, y posiblemente la confundían con Málaga Ahora. Los datos fríos, con todo, eran esos, y aunque la encuesta posterior del PP bajaba en algún punto nuestros resultados, igualmente nos otorgaba representación, es decir, ese mínimo 5 % de votos necesarios.

Habíamos crecido durante la campaña, al menos esa era la sensación. La última entrevista, en otra televisión local, salió a pedir de boca. A esas alturas, vísperas del cierre, no había manera de pillar a Rosa en un renuncio. No era que hubiera hecho suyo el argumentario, que pudiera responder a cualquier pregunta sin aparente esfuerzo e incluso con pedagogía, sino que se trataba más bien de que ahora en la manera de responder, en la manera en que ella ejemplificaba cada medida o aludía a su experiencia personal como una ciudadana de a pie, cualquiera comprendía que estaba ante una candidata tan solvente o más que cualquier otra, solo que

surgida de tu mismo bloque de vecinos, y no de las canteras de un partido. No había pose; había, por fin, absoluta realidad, tanta como para que al día siguiente, al término del acto festivo que puso fin a la campaña, en su discurso de clausura optara por deshacerse de los papeles que le había preparado y con los que había subido al escenario y, en un arrebato, decir simplemente lo que le dio la gana.

Reflexionemos

<63>

Llegamos a la jornada de reflexión siendo plenamente conscientes de que habíamos hecho todo cuanto estaba en nuestras manos. No es posible computar las horas completas que tanta gente había volcado en esta campaña en distintos ámbitos, la imaginación y la creatividad exprimidas al máximo.

Ese sábado de reflexión dormí hasta tarde. Por primera vez no me había desvelado la ansiedad, los pormenores de la rueda de prensa de cada mañana, de la nota de prensa, del debate al mediodía, de la entrevista a la tarde, de la estrategia en redes, de los textos a ultimar antes de que circularan, de los guiones para los diferentes actos, de los huecos libres para panfletear o pegar más carteles, de la revisión obsesiva de nuestra presencia y el modo en que esta se daba en los medios, de la espera angustiada a una nueva encuesta salida y cocinada en cualquier lado para hundirnos, de los mensajes a contestar, las descalificaciones a omitir, los bulos a desmentir, los allegados a convencer para que nos votaran.

Dormí hasta tarde y me levanté más tarde aún, demorado en la cama con mi pareja. En realidad, eso fue casi lo único que hicimos en todo el día. Llevábamos dos semanas, pero en realidad casi un

<64>

mes, sin poner todos los sentidos el uno en el otro. Bueno, sin ponerlos yo. Tiempo atrás había tomado la precaución de advertirle cómo iban a ser las cosas durante esas semanas, al fin y al cabo era mi segunda campaña. Mi ingenuidad se puso de relieve enseguida, durante una de las discusiones que a lo largo de esa campaña aumentaron mi grado de ansiedad o, quizás, surgieron precisamente como consecuencia de esta. Simplemente, en cierta ocasión mi pareja me preguntó si, cuando menos, llegada la noche, en los pocos momentos que podíamos compartir, me sería posible desconectar, no solo por nosotros, sino por mi propio bien, por mi propia salud. Una petición razonable, justa, sencilla, tan directa como fue mi respuesta: no, nada semejante sería posible, mentiría si le dijera que sí, que lograría desconectar en algún momento, que pasaría más de cinco minutos sin consultar los grupos de Telegram, las tareas del día siguiente, los flecos de algunos argumentarios, que dejaría de despertarme en mitad de la noche para revisar el alcance de nuestras promociones en Facebook o anotar cualquier nueva idea. No, ni por asomo, ¿cómo se le ocurría siquiera pensar algo así? La había avisado con tiempo suficiente. Esto es lo que había. ¿Pensaba ella que sería capaz de aguantarme hasta el día 26? De lo contrario, mejor posponíamos cualquier encuentro hasta esa fecha, a fin de cuentas aún no compartíamos vivienda. Si se veía capaz de acompañarme en esta insidiosa aventura, si se veía capaz de soportar a la persona detestable, insensible, en la que, con toda conciencia, me había convertido, perfecto, si no, sin rencor. Todo lo que le podía garantizar era que a partir del lunes 27 de mayo regresaría a la normalidad.

Es decir, ese era el chantaje al que la sometía: acompañame en mi ansiedad, en mi presión, soporta a esta persona obsesionada, angustiada, absorbida, absorpta, a esta persona con un único tema de conversación y un agotamiento físico y mental de tal índole que solo el estrés le mantiene a flote. Sopórtame, sí, porque esto tiene fecha de caducidad. Y además porque, en realidad, por una vez, te necesito. Porque esto le viene grande a cualquiera, porque es un sinsentido, porque es una locomotora que en verdad conducen otros, pero a la que hemos decidido subirnos y no hay freno de emergencia. Tomé la decisión a sabiendas, pero ahora, sí, te necesito.

<65>

Nunca había dicho nada parecido a nadie. Ninguna relación de pareja se debe basar en la necesidad, pero en todas hay etapas en las que una de las dos partes necesita a la otra. Ahora me tocaba a mí, y seguro que en semejante estado ni siquiera lo expresé con la delicadeza pertinente. Mi manera de decirle que ella me hacía falta, que estuviéramos juntos durante esos días, escondía una petición tan desesperada que, de un modo u otro, la acabé soltando a bocajarro. Y era verdad, era tan verdad que lo único que deseaba era que llegara el lunes para estar con ella, solo con ella por una vez, y contemplar desde la distancia todo el absurdo en el que me había metido, todo ese remolino que llamamos campaña, pero que en realidad es el colofón a cuatro años que en otra época de mi vida habría juzgado ridículos. Y, en lo hondo, sabía que lo eran, pero que mi compromiso consistía en llegar hasta el final... Y nada más. Ya había anunciado que mi trayectoria en Málaga Ahora, fuera cual fuera el resultado, terminaba con esa campaña. Por eso, también por eso, sentía una presión añadida. No

podía dejar nada en el aire, ni un solo cabo suelto, no podía dormir si pensaba que en mi mano estaba mejorar cualquier detalle. ¡Si hasta la familia de mi pareja se había decidido a votarnos! ¿Con qué cara miraría a esos familiares, precisamente a ellos, que hasta hace poco creían en el mantra de la unidad de la izquierda? ¿Y si además me daba por pensar en el dinero, en esos 32.000 euros, en última instancia dinero público, que nos íbamos a gastar en la campaña, una cantidad que hasta hace muy poco me hubiera resultado obscena, que en realidad me seguía resultando obscena? ¿Cómo no me iba a levantar cada noche antes del amanecer sin entender del todo, o precisamente entendiéndolo demasiado bien, qué me estaba pasando? Y lo peor no era eso. Lo peor era constatar que también así estaban los demás.

El día en que mi pareja comprendió eso mismo, el día en que entendió nuestra desesperación, en que en toda su hondura adivinó nuestra ansiedad, incrementó su manera de involucrarse en la campaña. Nos habíamos metido en este juego, pues bien, por unas semanas olvidémonos de nosotros mismos, de estas reglas absurdas y juguemos a ganar. Por eso, el sábado por fin dormimos hasta tarde, nos entregamos el uno al otro con todos los sentidos y solo hasta la noche no permitimos que de nuevo la ansiedad aleteara: ¿y si mañana va todo mal, y si no logramos siquiera el 5 % de los votos, y si defraudamos a tanta gente, y si a fin de cuentas nos convertimos nosotros mismos en un fraude? Sí, en campaña te llegas a olvidar incluso de que la manera de medir el éxito y el fracaso en el juego de la política institucional no tiene nada que ver con la vida.

Perder

Mucho antes de que cerraran los colegios electorales ya sabíamos que habíamos fracasado de manera estrepitosa. Basta con doblar discretamente la esquina de una de tus propias papeletas en el colegio donde estés de apoderado y ponerla encima de todo el montón. Cuando horas después comprobabas que sigue ahí arriba, ya sabes que no te está votando ni dios.

<67>

Antes de que se abrieran las urnas redacté en el móvil las declaraciones de nuestra candidata en aceptación de los resultados y se los envié. Aun así, me quedé en el colegio durante el recuento de la primera urna, solo para constatar lo que ya sabía, que por otro lado era lo mismo que decían los primeros mensajes en los grupos de Telegram. Algunos aún se negaban a creerlo. Creo que mi pareja incluso mencionó mi tradicional pesimismo. Costó convencerles de que no hacía falta que se quedaran en el colegio que tenían asignados hasta el recuento de todas las urnas, que vinieran ya a reunirse con el resto en nuestro local. Ni siquiera las caras largas que encontraron al llegar les disuadieron. Seguro que había algún error, seguro que enseguida comenzarían a llegar mejores resultados, seguro que los datos que ahora ofrecían los medios locales correspondían a los distritos donde menores posibilidades teníamos. Algunos no entendían a qué venían nuestras expresiones de resignación, no entendían nuestra actitud de serena aceptación, después de todo cuanto habíamos dado en estos cuatro años. Luego, como todo el mundo, comprendieron que eso era todo. Fue a partir de ese momento cuando la noche se convirtió en algo que nunca hubiéramos previsto: una fiesta.

<68>

Aún hoy me cuesta explicar lo que sucedió. Se dice a menudo que es en el éxito, en la victoria, donde se ve la calidad moral de las personas. Sin duda es cierto, pero desde luego es la derrota lo que muestra la verdadera naturaleza de cada quien. Los primeros resultados arrojaban que, pese a nuestro descalabro, el bloque conformado por el PSOE y Adelante Málaga sumaría mayoría absoluta, es decir, desbancharía por fin al alcalde vitalicio del PP. Cuando el escrutinio rebasó el 50 % la cosa había cambiado, y así se confirmó al final: el alcalde había mejorado sus resultados de 2015. Volvería a gobernar con el apoyo de los dos concejales, antes tres, de Ciudadanos, que le daban los 16 necesarios para la mayoría absoluta. Por nuestra parte, nuestros 4.000 votos eran tan irrelevantes que ni sumándolos a los 24.000 de Adelante Málaga se habría modificado el peso de los bloques: la coalición habría conseguido un concejal más, cierto, pero a costa del PSOE.

En ese momento las televisiones locales conectaron en directo con las luctuosas sedes de los partidos de la oposición. No había nada que celebrar: el PSOE volvía a ser el eterno segundón, Ciudadanos bajaba a costa del PP, la coalición Adelante Málaga ni era decisiva ni alcanzaba siquiera los votos de Málaga Ahora en 2015, y esta, a su vez, había sido barrida. Con más o menos entereza y estilo, cada portavoz estaba diciendo algo parecido en la televisión municipal, hasta que tomó el micrófono una de las portavoces de Adelante Málaga, concejala hasta ese momento, para protagonizar una de las intervenciones más ignominiosas, faltas de ética, rebosantes de desprecio y mentira que yo recuerde, lo que a la postre venía a constatar que nunca nos habíamos equivocado al ponderar el pelaje

de algunos políticos profesionales: «Hay nombre y apellido de los responsables de que en Málaga no haya cambio. Paco de la Torre debe darle las gracias a Málaga Ahora por seguir gobernando». A pesar de los aplausos que concitó su alocución, todos sabían a esas alturas de la noche que era mentira, los números no engañaban, los datos decían lo que decían, eran públicos, la suma de los bloques no se habría alterado al añadir nuestros votos a Adelante Málaga, pero a esa concejala le daba igual.

<69>

El mismo embuste fue repetido durante los días siguientes por los responsables de la coalición. Era sin embargo notorio que a esa concejala de Izquierda Unida solo le movía un odio mal dirigido hacia nosotros y con el que ocultaba su frustración: a cambio de que su partido, IU, encabezara la coalición, ella había aceptado el puesto cuarto en la lista, cuando en 2015 se presentó como número dos. Ahora, como resultado de ese cambalache, perdía su trabajo, Adelante Málaga solo había obtenido tres actas. A los cinco minutos de terminar el recuento la noria volvía a girar: se echaban balones fuera, se culpaba de cualquier mal a rivales imaginarios contra los que, a fuerza de tergiversaciones, se azuzaba la suspicacia y el odio, a veces con éxito, y de manera paradójica se insultaba a esos votantes al tiempo que se intentaba atraerlos. Sin una noche de descanso, ya estaban de nuevo en campaña. Otra vez la mediocridad, si bien en su expresión más agria, la del resentimiento. Quítale a un mediocre su cargo, analiza la bilis con la que desprecia todo lo que no ha hegemonizado y tendrás un retrato perfecto del concejal común de la izquierda, vieja, sí, pero precisamente por eso inmortal.

<70>

Cuando otra televisión local le plantó a Rosa una cámara, la lógica de la noche se quebró por completo. Primero pronunció las palabras de rigor, la aceptación de la derrota en los términos que yo le había redactado desde el colegio electoral, pero luego, del mismo modo que había hecho en el acto de cierre de campaña, se saltó todo guión. Dio la espalda a la cámara, se giró hacia todos los demás, dijo algo sobre el contrapoder de las calles, los intentos clásicos de fagocitación, la alegría y no sé qué más, pese a que he visto el vídeo en varias ocasiones. No me interesa tanto lo que dijo como la sinceridad y el furor con que lo hizo. Me interesa el puro gesto, ese de, después de cuatro años, permitirse dar la espalda a una cámara, hablar a sus amigos, olvidarse de las formas, soltar, esta vez de verdad, cualquier corsé. Y entonces alguien comenzó a gritar su nombre y los demás a corearlo, hasta que una nueva voz prorrumpió en uno de los cánticos clásicos de nuestros primeros de mayo, de las plazas de 2011, de las manifestaciones, de las resistencias, de la ocupación. Y todos, como una sola voz, se sumaron, como si en efecto no hubiera cámara delante. ¿Qué estaba sucediendo? La hija menor de Rosa, una chica jovencísima que por primera vez había votado en unas municipales, nos miraba desconcertada. ¿Acaso no estábamos viendo en la televisión el ambiente fúnebre de las sedes de otros partidos que habían obtenido muchos mejores resultados? Hasta hace unos minutos ella misma estaba llorando sin apenas disimularlo y ahí nadie paraba de cantar. Había comenzado la fiesta. Se abrieron las botellas, se puso la música, se acabó con todas las viandas de las mesas.

Aquello no era propiamente una catarsis colectiva, aunque tuviera mucho de ello, era algo más primario. Era el alivio reventando esclusas tras años de contención. El alivio que suponía también escuchar a esa concejala comunista vomitando odio y falacias y comprender, súbitamente, que ya no estábamos ahí, que nunca más compartiríamos su mismo terreno. Lo dijo un compañero en un artículo algunos días después: se había terminado ese mundo de «ambiciones personales, traiciones, clima de conspiraciones, experiencias de “entrismo”, transfuguismo».² Nadie, en ese momento, lo hubiera dicho así, nadie se habría atrevido a expresarlo en esos términos. Nadie, en el fondo, terminaba de comprender lo que estaba sucediendo. O quizás sí, quizás lo entendían los únicos que renunciaron a esa fiesta, los únicos compañeros que no extendieron su noche tanto como para tener que inventar gastroenteritis, gripes o urgencias familiares y faltar al trabajo la mañana siguiente.

<71>

Probablemente en esos momentos no fuimos conscientes de ello, pero se estaba produciendo una cesura subjetiva que en los días siguientes se iba a verificar, aunque quizás solo sea una intuición mía: la derrota electoral había calado hasta los huesos en aquellos compañeros y compañeras que provenían de Podemos u otros partidos tradicionales de la izquierda. Tenían tan interiorizados los esquemas de la lógica y la contienda electoral, así como cierto ánimo revanchista, que de ningún modo compartían esa catarsis ni alivio, quizás más presente en quienes habíamos trabajado directamente en la propia institución. Acostumbrados a remar por los

² Juan Díaz Ramos en <https://www.elsaltodiario.com/municipalismo/crisis-municipalismo-democratico-malaga-ahora-elecciones>,

cauces de la política de partidos, así fuera a contracorriente, pero nunca por otros paralelos, semejante revés les descabalgaba el espíritu. Quizás vale lo mismo, aun de forma menos acentuada, para las concejales, que después de todo habían participado en primerísima línea de la batalla electoral. De hecho, en nuestra primera reunión posterior se escenificó la diferencia de concepto que teníamos los unos y los otros sobre Málaga Ahora.

<72>

Para algunos Málaga Ahora solo había sido un instrumento en el llamado asalto institucional, de manera que sin dramatismo dábamos por concluido el experimento, al menos bajo ese marchamo. Otros, por el contrario, habían pasado días reflexionando sobre cómo reconstituírnos para proseguir, aferrados a un nombre que, concluida la finalidad con la que había nacido, solo tenía sentido bajo una lógica puramente de partido. En suma, se trataba de una cuestión de ecosistemas: el electoral había supuesto una migración más o menos forzosa para algunos, mientras que para otros era el suyo natural, o al menos aspiraban a que lo fuera. Muchas voces hablaban de grupos de afinidad, iniciativas de movimiento en las que ya participaban o lo harían, compañeros con los que nunca habían dejado de construir más allá del municipalismo, mientras que otras sopesaban manifiestos fundacionales y programas ideológicos. La tragedia, en varios casos, era la pérdida de la identidad, cuando en el ecosistema de la autonomía nunca había existido tal cosa. Por eso, para quienes pertenecíamos a este último ámbito, la dolorosa derrota era electoral, política si se quiere, pero nunca vital.

Era un tipo de reflexión, con todo, difícil de expresar en voz alta, cuando la herida de los resultados aún palpitaba. El tiempo daría la razón o desmentiría esa intuición. Lo que parecía tocar ahora, y de manera apremiante, era analizar las causas de la debacle general del municipalismo. A partir del 27 de mayo se iban a suceder otro tipo de análisis dirigidos a tratar de comprender las causas. Más allá de los artículos pergeñados por los observadores profesionales, pronto el estupor de las horas iniciales dio lugar a una resaca de textos elaborados por los propios protagonistas, sin género de dudas los más interesantes. En primer lugar porque en ninguno de ellos se rehuía de la asunción de responsabilidades; en segundo porque el análisis de la derrota iba más allá de la coyuntura y abordaba lo que de manera unánime se consideraba un ciclo abierto con el 15M en 2011 y clausurado con estas municipales de 2019. Eso permitía superar las singularidades locales y enmarcar el municipalismo en una corriente estatal, algo evidente, pero también, de manera implícita, recuperar un nosotros o, mejor dicho, recordar que seguía habiendo un nosotros, un pronombre que ninguna marca electoral o identidad rígida podrá nunca capturar.

<73>

Por definición, el nosotros será siempre plural y escurridizo. Para el apartado que sigue me he basado, además de en reflexiones propias, en muchas otras que en esos días nacieron al calor de tantas conversaciones o que lanzaron en distintos medios las compañeras y compañeros de uno de ese nosotros, el de la Fundación de los Comunes.

4. ¿Qué pasó?

Cinco hipótesis sobre el final del municipalismo y el cierre de ciclo

1. **No estamos hechos para esto.** Frente a ese mundo de «ambiciones personales, traiciones, clima de conspiraciones, experiencias de “entrismo”, transfuguismo» hay que tener un sentido del pragmatismo, una resistencia profesional, a prueba de reparos éticos y contradicciones flagrantes y constantes. Son cualidades incompatibles con acostarte cada noche sin remordimientos de conciencia. Si bien la experiencia demostró que hay otra manera de hacer política, eso no significaba que fuera duradera ni exitosa en términos electorales. Incapacitados para adquirir una naturaleza camaleónica, provenientes de prácticas en las que se primaba el consenso, los ritmos propios, los calendarios a largo plazo, la horizontalidad, los liderazgos débiles y transitorios y una escala de valores y de medición del éxito y el fracaso inaprensible en grandes titulares, siempre actuamos a regañadientes, en tensión, sobre una cuerda demasiado floja en la que en cualquier momento podías perder el equilibrio y despeñarte hacia la desesperación, la tristeza o el cinismo. Son tres estados que atraviesas en algún momento, y aún así sobrevives, pero sostener todo eso en el tiempo, por muchos relevos que se produzcan, es inviable a no ser que acabes por aceptar del todo las reglas del juego y, más que cambiarlas, te muevas en ellas de manera distinta,

sí, pero como una parte más. A la larga las opciones son solo dos: la desaparición, como nos ocurrió, o la pura marginalidad, como sucedió en otros territorios. De rebote esa marginalidad te puede convertir en decisivo para una investidura, pero no deja de ser una apuesta arriesgada y con pocos visos de continuidad.

2. El supuesto movimiento municipalista. En su momento se llegó a hablar de las candidaturas ciudadanas como resultado de un movimiento municipalista, que en realidad nunca fue tal. Nunca hubo realmente una reflexión madurada desde los movimientos sociales que desembocara en la creación de candidaturas. Ciertamente, desde el Movimiento por la Democracia, organización con implantación en diversos territorios, ya se estaba trabajando en «La Carta por la Democracia». La primera versión de este documento apareció de hecho en marzo de 2014, tras un año de trabajo, con casi treinta talleres y foros celebrados en siete ciudades, entre ellas Málaga. Como se leía ahí: «Creemos que es un buen resumen de las principales demandas que, como ciudadanía, hemos puesto encima de la mesa en los últimos años. Nuestros anhelos y necesidades».¹ Se trataba, por consiguiente, de algo parecido a un programa que cualquier partido debería incluir en su propuestas sí atendía a un proceso amplio de movimiento. Así, tan solo un par de meses después, la organización hermana Observatorio Metropolitano de Madrid publicaba en esta misma editorial *La apuesta municipalista: la democracia empieza por lo cercano* (Madrid, 2014), donde en la misma introducción se lanzaban estas preguntas: «¿Puede

¹ Véase: <https://www.traficantes.net/noticias/lanzamiento-publico-de-la-carta-por-la-democracia>

probarse un proyecto municipalista que traduzca los contenidos del 15M en un movimiento por la conquista de los ayuntamientos? ¿Pueden ser los municipios la palanca de transformación institucional que apunta a la revolución democrática?». De alguna manera ese pequeño libro fue el acta fundacional del movimiento municipalista, pero la realidad es que más bien se trató de una guía, muy situada en el territorio de Madrid. Los mimbres, con todo, estaban puestos, aunque finalmente sobrevino una aceleración de los tiempos.

<77>

Apenas unas semanas después, en junio de 2014, se filtró antes de lo previsto que Ada Colau iba a encabezar una candidatura ciudadana en Barcelona, cuando además ya se sabía que Podemos, apenas nacido, no se presentaría a las municipales en 2015. Esos dos hechos abrieron la «ventana de oportunidad» y todo se precipitó. Por un lado, era evidente que en muchos municipios esa «apuesta municipalista» no estaba cuajada del todo, al tiempo que, por si acaso, la izquierda institucional, consciente de su tirón y el empuje que cobraría en los siguientes meses, ya se aprestaba a fagocitarla. Hubo que ir contrarreloj y ensayar fórmulas de encaje, ciertamente virtuosas, para que el concepto de confluencia, más cercano al de cualquier plataforma ciudadana —es decir, el encuentro de personas que, desde la heterogeneidad, determinan un objetivo común, sin siglas en su seno ni dictados de instancias supramunicipales—, se impusiera con todo su significado al de coalición. En muchos municipios el experimento estalló por los aires, a veces, como he mencionado para el caso de Málaga, de manera muy poco honrosa. Los intentos de apropiación de ese imaginario no llegaron a buen

término; de todos modos, Podemos, en ese momento en su punto álgido, apoyó a las plataformas ciudadanas.

<78> En gran parte del territorio estatal, más que de un movimiento municipalista propiamente dicho, se podría hablar así de una *apuesta del movimiento*, pero la sociedad, demás está anotarlo, no es movimentista. Esa apuesta recogía el empuje de la marea aún reciente del 15M y de un Podemos, efervescente en aquel momento, que, con las particularidades de cada lugar, la acabó apoyando o, en casos como el de Cádiz, protagonizándola. Los intentos de crear un marca conjunta que agrupara a un número significativo de ciudades e hiciera contrapeso al predecible intento de Podemos por absorber el municipalismo de cara a las elecciones de 2019 llegaron tarde y con debilidad. No por negligencia, sino precisamente por la premisa antes anunciada: el municipalismo no era un movimiento, sino una apuesta del movimiento.

3. La supuesta institucionalización. Se ha repetido que una de las causas del cierre de ciclo obedece al aterrizaje en la institución de las candidaturas ciudadanas, que de pronto viraron su discurso rupturista hacia posiciones claramente socialdemócratas o, por usar un término repetido, posibilistas. Según este análisis, ese desconcertante viraje acabó asemejándolas demasiado a los viejos actores. La idea que motivó este viraje estaba en la voluntad de ampliar el espectro de votantes, de promover incluso un trasvase de votantes de las opciones tradicionales hacia la nueva política, pues se suponía que esta podía hacer lo mismo de siempre pero mejor. La realidad desmontó cruelmente este razonamiento. Ante la tesitura de elegir entre la copia y el

original, muchos votantes optaron por las papeletas habituales o por la abstención. Fue lo que ocurrió en el Madrid de Manuela Carmena, que en su afán de mimetizarse con el PSOE acabó por perder votos en los barrios populares, los mismos que le habían dado la victoria en 2015. Su idea fija de que la política es un mero asunto de gestión (por cierto, el mismo discurso que Vox en la campaña malagueña) la devolvió de nuevo a la jubilación.

Pero admitamos que este puede ser un análisis correcto en aquellos municipios donde se han perdido los gobiernos, incluso en grandes capitales, como Zaragoza, si bien para este caso caben muchas matizaciones. Sin embargo, no sirve para pueblos y urbes, donde, como en Málaga, las candidaturas ciudadanas se habían quedado en la oposición. Lo que ha ocurrido en estos casos apunta, por un lado, a factores generales que tienen que ver con el cierre del ciclo, es decir, con el abandono de la agenda 15M, el apaciguamiento del Podemos peleón inicial y su descomposición en luchas intestinas, así como, por descontado, con el llamamiento al voto útil para atizar el miedo que representa el nuevo fantasma de Vox, un mar donde el bipartidismo, y especialmente el PSOE, despliega velas.

Por otro lado, no obstante, desde posiciones minoritarias de oposición, merced a las cuales se ha podido mantener un discurso beligerante y prácticas claramente distintivas, hablar de institucionalización o de pérdida de la calle es reducir demasiado el análisis. Lancemos ahora una *boutade*: ¿y si es la sociedad la que se ha institucionalizado, signifique eso lo que signifique? ¿Y si, a fin de cuentas, tras ocho años de ciclo, de elecciones ordinarias, adelantadas, repetidas, consultas constantes de los

partidos, etc., el hartazgo ha hecho mella y bueno, después de todo, aun con cierto escepticismo, dejamos que la institución siga con su funcionamiento ordinario? ¿Qué responsabilidad nos toca en ello? Principalmente que no hemos tenido ni idea de cómo llegar a gran parte de nuestro potencial electorado. Ahí estaba toda esa gente que en muchos casos votaba por primera vez, implicada de lleno en el movimiento por el clima –y que no iba a encontrar otra candidatura con reconocidos activistas medioambientales en los puestos de salida– o, por ejemplo, en la nueva ola feminista.

Muchas de ellas y de ellos eran niños en 2011, las iniciativas municipalistas les parecían a estas alturas parte del paisanaje natural de la política institucional. De hecho, nuestro discurso ya no tenía el mismo cariz de combate que en 2015 –todo eso del asalto institucional–. Una vez dentro de las administraciones, lo que correspondía ahora era la regeneración democrática. Para todos esos jóvenes se trataba de una idea que de manera cansina repiten los partidos, sin excepción, y más que ninguno el PSOE de Pedro Sánchez. Nuestro discurso se había convertido en un mensaje mediático, por consiguiente cínico, y en ese tablero siempre estamos condenados a ser arrinconados. Eso que en consecuencia he llamado nuestro electorado potencial no existía, y menos en unas municipales como las malagueñas, en las que la participación se quedó en un nimio 54 %. Incluso es posible que muchos de esos que llenan las calles luego votaran opciones tradicionales, convencidos de que seguro que la institución puede servir para canalizar sus demandas, y que para eso mejor los de siempre.

Nosotros entendimos el asalto institucional como la entrada de la sociedad civil en los puestos de mando, pero la sociedad civil ha preferido votar para que sean los burócratas de carrera quienes ocupen esas posiciones. Ahí radica la posible paradoja: tal vez es la sociedad la que se ha institucionalizado.

4. La restauración. La vuelta al bipartidismo, bien es cierto que con nuevos actores que lo debilitan, supone una restauración de tal magnitud que podemos afirmar que un buen número de jóvenes y no tan jóvenes, que en su día tomaron las plazas, votaron en las generales de abril de 2019 al PSOE de Pedro Sánchez, y un mes más tarde a sus sucursales locales. Incluso Izquierda Unida, ahora de la mano de Podemos, volvía a estar en los mismos parámetros que en 2011, al menos en Málaga.

Aquellos partidos que no nos representaban, y que de hecho fueron heridos de gravedad, nos miran ahora, otra vez, desde las alturas. De una parte, tenemos a un PSOE que se escora a la izquierda porque no le queda más remedio después de que en 2016 obtuviera los peores resultados de su historia, 85 escaños. Hace suyas las partes más blandas de muchas de las reivindicaciones de la nueva política, reconduce por cauces socialdemócratas el feminismo, retoca la ley de alquiler de viviendas sin arañar en nada al poder financiero-inmobiliario consustancial a nuestro modelo económico, maquilla con titulares su nefasta política migratoria, aumenta las pensiones sin blindarlas por ley, se pone la pegatina verde al tiempo que las grandes eléctricas ni se dan por enteradas. Mientras al IBEX 35 el cambio de gobierno ni le va ni le viene, Pedro Sánchez enarbola la bandera roja y recupera a una parte considerable de los votantes que se habían ido a Podemos,

muchos de los cuales estuvieron en las plazas y ahora asumen el mensaje del voto útil, cuando tan solo hace ocho años habían impugnado el Régimen del 78 en su totalidad y habían hecho de la desobediencia uno de sus ejes de acción.

<82> En definitiva, el PSOE mira a Podemos de reojo para saber cuál es la agenda de la que reapropiarse, mientras que Podemos le pone ojitos para convencer a los votantes de que es lo mismo, pero mejorado, cuando esa mejora ya la representa el propio Pedro Sánchez. En ese juego escenifican sus negociaciones. Con la entrada de Ciudadanos, de Podemos y ahora de Vox, ciertamente el bipartidismo ha perdido solidez, la suma de PSOE y PP toca mínimos históricos, pero seguimos sin tener siquiera visos de conocer un gobierno de otro color. El despropósito de la repetición electoral del 10 de noviembre de 2019, tras la incapacidad de PSOE y Podemos para ponerse de acuerdo, se anunció justo cuando este libro estaba a punto de entrar en imprenta, pero quizás termine por apuntalar el resurgir del bipartidismo.

Herido de muerte, desangrado en batallas intestinas únicamente relacionadas con el poder interno, y cada vez más alejado de eso que se llamó la política del cambio, en Málaga, Podemos ha dejado de ser un aspirante serio a cualquier opción de gobierno. Su amancebamiento con Izquierda Unida solo representa una claudicación más, la aceptación de que nada queda de esa nueva política, más allá de algunas cuestiones importantes como la financiación del partido o la limitación de salarios. Siendo como se pretendía Unidas Podemos y sus declinaciones territoriales la única opción real a la izquierda del PSOE, nos encontramos que ni

siquiera de habernos sumado a su coalición, los resultados habrían variado. Es decir, con Podemos hubiéramos sido irrelevantes, mientras que sin Podemos fuimos insignificantes. Diecisiete mil votos perdimos entre Adelante Málaga y Málaga Ahora en las municipales, los mismos que ganó el PSOE. La suma de Adelante Málaga y Málaga Ahora, como ha quedado dicho, fue incluso menor a los votos que habíamos obtenido en solitario.

5. Y si en lugar de un cierre de ciclo es una ruptura con el ciclo. Por una parte, lo decíamos antes, al mencionar el caso malagueño, eso tan difuso que se conoce como la calle no estuvo especialmente presente en los grandes debates públicos a lo largo de la legislatura. Ni la PAH, ni el Sindicato de Inquilinas de Málaga, ni la propia Casa Invisible —justo cuando mayor era el esfuerzo del Ayuntamiento por convertir la cultura en un consumible más de la ciudad-marca— han logrado establecer agenda. Es cierto que otras organizaciones vecinales, medioambientales, patrimoniales o urbanísticas lo han conseguido, pero se trata de especificidades malagueñas, y no de debates transversales a todo el municipalismo, como puedan ser la vivienda, la especulación, la turistificación, los equipamientos públicos, etc.

Con todo, estos movimientos han sido actores importantes en la ciudad, que han ejercido una importante labor crítica, como no podía ser de otra manera. Sin ese contrapoder no hay nueva política y, a la vista está, el lazo entre estos movimientos y el municipalismo se había roto. Que la irrupción de la juventud por el clima y el feminismo más autónomo tampoco se tradujera en votos da a entender, de alguna manera, que no solo se había acabado un

<84>

ciclo, sino que estaba comenzando otro que sencillamente rompía con otro anterior, al que esos jóvenes no terminaban de sentirse apegados. No solo se trataba de una cuestión generacional, sino probablemente, otra vez, de puro recelo con la vía institucional, al menos de forma intuitiva. Extinto el municipalismo, no se trata de recomponer ese lazo. Quizás eso resulte válido para ciudades como Barcelona, donde al fin y al cabo el prestigio de su alcaldesa proviene en buena medida de su pasado como activista, pero es muy probable que esté surgiendo algo parecido a lo que ocurrió en las plazas de 2011: una enmienda a la totalidad, solo que ahora sin el techo de cristal, que en definitiva supuso el abandono de la desobediencia y la entrada en la institución.

Epílogo

Un par de semanas después de las elecciones, justo antes de la constitución de las nuevas corporaciones, terminamos de vaciar nuestra oficina en el Ayuntamiento. Cargamos en una furgoneta todo aquello que pudiera tener otra vida y con la tarde ya declinando lo llevamos a nuestro local, que por otra parte también tendríamos que abandonar a final de mes. En cuanto descargamos todos los enseres, un par de compañeros y yo metimos en la furgoneta una escalera y nos dirigimos a las calles en las que nos habían asignado farolas para los carteles de la campaña. Urgía retirar esos carteles, y ya no estábamos en disposición de pagar a nadie para que lo hiciera.

Intentamos tomarnos aquello con humor. En realidad éramos los primeros que estábamos hartos de ver esos carteles. Yo tenía uno que aborrecía especialmente, porque lo veía a diario cuando cruzaba el puente que separaba mi casa de la de mi pareja. La mirada de Rosa no se dirigía ya hacia una ciudad futura, feminista, ecologista y que cuidara sus barrios, sino que se te clavaba para recordarte el ridículo electoral. Quizá era esa mirada la que me había espoleado para que el mismo martes tras las elecciones y la resaca del lunes comenzara a escribir este opúsculo, este desahogo que como tal me llevó un mes exacto. Algo le comenté a mis compañeros

mientras retirábamos los carteles: había comenzado a escribir sin saber bien por qué lo hacía, con qué intención, ni siquiera sobre qué quería hablar. Ahora, sin embargo, intuía que en realidad llevaba cuatro años conteniendo en mi cabeza un torbellino informe que había salido en torrente en cuanto le abrí una mínima compuerta. Ni siquiera había sido consciente de ello hasta que escribí la primera frase.

<86> Supongo que ese torbellino había comenzado a cobrar vigor en octubre de 2016, cuando aquel concejal dio un portazo, abandonó Málaga Ahora tras sus infructuosos intentos de fagocitarla desde Podemos y con él se llevó unos cuantos miles de euros que a la postre descubriría la fiscalía de Málaga. Fueron quizás los peores momentos de toda la legislatura, sobre todo a nivel personal. No he querido detenerme en cómo viví aquellos meses, pero ahora, vistos en la distancia, me cuesta entender cómo seguimos adelante, cómo entonces no nos dimos cuenta de que no estábamos hechos para esto, de que nunca lograríamos salir airoso de esta travesía. Sin duda aquella fue una de las mayores decepciones, en un plano meramente humano, que nunca me haya llevado en mi vida, aquel concejal era alguien cercano a mí. Me costó demasiado repormerme, y a partir de ese momento ya nada fue igual. Las concejales, además, tuvieron que experimentar en carne propia lo que significa dar la cara cuando, con razón, todo está en tu contra.

Al quitar aquellos carteles, ahora tiznados del tósigo de los tubos de escape, y tirarlos en los contenedores, también arrojábamos todo aquello, las decepciones personales, humanas, los amigos perdidos. Aquello también era parte de esos cuatro años. Del mismo modo podíamos decir que

hasta ese mismo instante, subidos en una escalera de mano con unas tenazas para cortar las presillas de los carteles, habíamos llegado hasta el último suspiro actuando en conciencia, con honestidad, sin dobleces, sin engañar nadie, con coherencia: peor o mejor, pero siempre bajo los mismos principios que habíamos preconizado. Aquel sabor dulce y amargo a un tiempo ejemplificaba bien las intensidades que nos habían atravesado esos años, siempre con las sensaciones a flor de piel, el sentido de alerta constantemente despierto, la euforia y el desánimo intercambiándose a ritmo frenético.

<87>

Fue justo al quitar el último cartel, en la avenida Juan XXIII, casi en la esquina con la avenida de Europa, cuando la casualidad nos hizo presenciar un episodio que a la larga marcaría aquella noche, entre otros motivos porque tuvimos que testificar en el subsiguiente juicio. En un portal un hombre estaba propinando una paliza a una mujer. De no ser por nuestra intervención, con aviso a la policía incluido, no sé cómo habría acabado aquello.

Acabábamos de tirar a la basura un cartel con la palabra «feminismo» y unos segundos después aporreábamos la cristalera de un portal para impedir que un tipo matara a golpes a su novia. Aquella noche no pude dormir. Ese episodio, justo en el último momento en que dedicaba parte de mis esfuerzos a Málaga Ahora, había supuesto una ironía demasiado macabra. Así acababan aquellos años.

Quizás fue en los días siguientes cuando al alivio inicial le sucedió la conciencia real de que todo había terminado. Poco a poco esa sensación se fue posando en mi rutina, en mis proyectos de futuro, en mis conversaciones. Estaba claro, el ciclo había terminado. Era una impresión ciertamente

subjetiva, por mucho que los resultados electorales, tanto de las generales de abril como de las municipales de mayo, así lo avalaran. ¿Y si en realidad había quedado algo de nosotros en la institución; y si, después de todo, de algo había servido nuestra labor de cuatro años; y si algún ejemplo habíamos dejado; y si alguna práctica podía perdurar?

Unos días más tarde el pleno municipal tomó su primera decisión de toda la legislatura: el sueldo de los concejales aumentaba un 20 %.

